

The poster features a dramatic scene with the Twelfth Doctor (Peter Dinklage) in the foreground, looking intensely at the viewer with his right hand pressed against a dark, vertical metal bar. Behind him, Clara Oswald (Jenna Coleman) stands with a concerned expression. The background is a dark, textured wall. Below the characters, a large, fiery explosion or battle scene is depicted, with a small figure running through the debris. The overall color palette is dark with bright orange and yellow highlights from the explosion.

**BBC**

TIENE QUE IRRUMPIR EN ELLA  
PARA SER LIBRE...

# DOCTOR WHO

## LA CELDA SANGRIENTA

James Goss



# *The Blood Cell*

James Goss



*Traducido por AudioWho*

**BBC Books**

11/9/2014

# Notas de Traducción

## Organización

Organizado en Trello por Bigomby y Scnyc.

## Traducción

Traducido mediante Google Translator Toolkit por:

- Takhisis Eam
- Raúl Domínguez
- Tamy
- Inukissa
- Nerea
- Misifú del Tiempo
- Ada Mirasol
- Lucie de la Tour
- María Valls
- Xisco Lozdob
- Bernardo
- Cele F.
- Luna Gris

## Corrección

Corregido usando Google Docs por:

- David Formentin

## Maquetación

Maquetación en LaTeX por Bigomby.

## Portada

Portada realizada por Ricon.

## Agradecimientos y colaboraciones

Con la colaboracion de msg\_amgeek y Weber.

Agradecimientos a todas las webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones.

## Menciones especiales

- Doctor Who Foro
- El Destornillador Sónico
- Papel Psiquico
- Asociación Planeta Gallifrey
- Con T de Tardis
- Doctor Who Wiki en Español
- Doctor Who Spain
- Kalelelvigilante
- Xisco Lozdob
- Bernardo
- Luna Gris
- María Valls

# Índice general

<b>Capítulo Uno</b>	<b>7</b>
<b>Capítulo Dos</b>	<b>15</b>
<b>Capítulo Tres</b>	<b>25</b>
<b>Capítulo Cuatro</b>	<b>33</b>
<b>Capítulo Seis</b>	<b>47</b>
<b>Capítulo Siete</b>	<b>63</b>
<b>Capítulo Nueve</b>	<b>79</b>
<b>Capítulo Once</b>	<b>85</b>
<b>Capítulo Doce</b>	<b>93</b>



# Capítulo Uno

—¿Sabes quién soy? —dije.

Una cosa que se aprende. No es lo que los presos dicen lo que te cuenta más acerca de su culpabilidad. Son sus silencios. El hombre no dijo nada.

—¿Sabes quién soy? —repetí.

El hombre me miró con rudeza a través del escritorio.

—Sé quién te crees que eres —gruñó.

Empujé hacia él la bandeja con sus posesiones. Las diversas baratijas rodaban, repiqueteaban y brillaban intensamente entre los trozos de periódico. Pude ver sus ojos siguiéndolos como los de un gato.

—¿Estas son tus cosas? —le dije. Asintió. Pude ver lo mucho que quería conservarlos. La gente es así con los objetos. Personalmente, nunca me he preocupado realmente por ese tipo de cosas, pero la gente se llena los bolsillos y las vidas de recuerdos de ningún valor para nadie más que para ellos mismos. No tenía nada así. No ahora.

Hice una señal con la cabeza a Bentley y ella cruzó mi oficina con elegancia. Le entregué la bandeja.

—Estos son los efectos personales del Preso 428 —le informé. Ella inclinó su cuello rígido secamente. Bentley posee dos atributos: rigidez y acidez. Como un merengue de limón. La absurda imagen me hizo gracia y sonreí muy a mi pesar. Por mucho que lo intente, nunca encuentro la manera de lidiar con la Guardia Bentley. Haga lo que haga, nunca es lo bastante bueno para ella. Pero tiene su utilidad. Y sabía que a ella le gustaría que yo fuese estricto. Estaba aquí para demostrar al Preso 428 que hablaba en serio. Le indiqué que debía coger la bandeja que le tendía.

—He tomado posesión de los efectos personales del Preso 428 —me dijo formalmente, sin hacer ningún esfuerzo por encontrar otra palabra para proporcionar alguna variación en la frase. Bentley era así. Su discurso fue tan seco como en el manual, e igual de correcto. Su uniforme, sus zapatos, su corte de pelo. Todo en ella era fríamente ordenado.

—Muy bien, Bentley —le hice una señal con la cabeza—. Asegúrate de que sufren un accidente en su camino de vuelta al almacén, ¿lo harás?.

El Preso 428 se puso de pie, gritando que yo no lo entendía o algo así. Eso fue un error. A la primera señal de protesta, un Guardián se movió hacia delante desde la pared, sujetándole los hombros con sus garras. Hay que reconocer que el Preso 428 no gritó, sólo hizo una mueca de dolor, volviéndose hacia el robot con furia.

—Suéltame —gruñó.

Eso no tuvo ningún efecto sobre el Guardián. Esas cosas fueron construidas sin ni siquiera un atisbo de un rostro, sólo un cuerpo cilíndrico sólido y varios apéndices afilados. La gente se cansó de gritarles porque no había nada a lo que gritar. La mayoría carecía de procesadores de voz, por lo que no podían responder. Eran completamente de frío metal e incluso cuando te estaban haciendo daño, lo hacían sin emitir la más mínima reacción. Mi primera novia había sido exactamente así. Una vez, hacía mucho tiempo.

El Preso 428 estaba luchando ruidosamente con el Guardian, lo que era estúpido. Cuanto más hacías eso, mayor se volvía la Sujeción Restrictiva de Seguridad Homologada. 428 debía de tener fuertes dolores, pero sólo lo miraba furioso, agitando las manos esposadas para apartar el dolor como si fuera una mosca zumbando.

—Esas cosas son importantes, hombre, sólo míralas —dijo, mirándome directamente. Lo que era sorprendente. Aquí nadie me mira a los ojos. Incluso Bentley (que estaba autorizada) lo evitaba.

—Las he examinado —informé al Preso 428, permitiendo que se filtrasen en mi tono sólo unas trazas de cansancio—. No tienes nada de valor. Chucherías, artefactos y trozos de papel.

Cogí un objeto de la bandeja que Bentley sujetaba, una pequeña cosa que parecía un bolígrafo y lo golpeé contra mis dientes, sonriendo al Preso 428, disfrutando del contacto con los ojos. Tenía una cara hecha para la



furia y estaba aprovechándola al máximo.

—¿Papel?- ¡Claramente no has examinado ninguno! —gruñó el Preso 428—. Quítame esta cosa de encima, deja de ser un idiota y tengamos una charla agradable, ¿de acuerdo?.

Bentley parpadeó. Creo que hasta el Guardián hizo una mueca. Nadie me hablaba de esa manera. Sintiendo el incómodo silencio, el Preso 428 miró a su alrededor.

—¿Qué? —espetó.

—¿Te gustaría que leyese estos documentos? —le pregunté, alcanzando la bandeja que Bentley me extendía.

—Sí —espetó 428—. No soporto a los tontos. Coge un trozo de papel, léelo, y ahórranos tiempo.

El tiempo se detuvo. Cogí un trozo de papel de periódico. Tenía un titular sobre problemas en HomeWorld. Lo balanceé cuidadosamente entre el pulgar y el índice y luego la dejé caer. Con una sonrisa.

—Te dirigirás a mi como “señor” —le informé acaloradamente. Me sorprendí de lo enojado que sonaba.

Su mirada no vaciló. Su cara podía haber sido compuesta por tormentas, pero sus ojos eran de un azul maravillosamente claro. Su rudeza era casi refrescante. A causa de ser tan importante, a mi alrededor nunca nadie es completamente él mismo. Pero el Preso 428 iba claramente a resultar diferente y estaba dispuesto a disfrutar de ello. Por un tiempo.

—Deja de ser un idiota, “señor”—me respondió con una sonrisa bastante encantadora—. Sólo lee eso, y después todos podremos irnos a casa.

Chasqué los dedos y el Guardián le soltó y se retiró, deslizándose de nuevo a su hueco. El Preso 428 intentó frotarse los hombros, pero sus esposas no se lo permitieron, así que se conformó con golpearse los hombros con los puños.

—¿Sabes? —consideró 428—, como masaje, eso fue bastante tonificante. Encuéntrale un buen nombre, y podrías forrarte en los gimnasios. Aunque, realmente ni siquiera tienes que molestarte con un buen nombre. Quiero decir Zumba, por ejemplo.

Después de esta desconcertante observación, se sacudió como un perro mojado y después se recostó en la silla, cruzando una pierna encadenada

sobre la otra y estirándose. Después puso en su cara una expresión de arrepentida humildad.

—¿Ves lo que estoy haciendo?. Estoy haciendo un esfuerzo para darte una buena impresión, señor —dijo casi con dulzura.

—Es un poco tarde para eso —le contesté.

—Oh, lo sé —asintió el Preso 428—. Pero honestamente, siempre me esfuerzo con toda la gente. Simplemente nadie me escucha nunca. Lo que es una pena. No sé tu, pero yo siempre me he imaginado terminando temprano para pasar una noche tranquila viendo Llama a la Comadrona. ¿Recibes esa aquí, señor?.

—No —le dije. Por alguna razón una sonrisa se me pegó en la cara y me costaba mucho borrarla.

—Una lastima —suspiró—. Es una serie encantadora sobre bebés y bicicletas. Me gustan ambas cosas. Si solamente la vida real fuese así de fácil, ¿eh?.

Tosí.

—... señor —añadió obedientemente, y después miró hacia arriba, casi un cachorro esperanzado—. ¿Ves?. Nos llevamos mejor, ¿verdad, señor?. Supongo que no podría convencerle de que me devolviese mis pertenencias, ¿verdad?. Van como objetos de valor, son realmente valiosos —una pausa—. Señor.

Con una sonrisa, sacudí la cabeza.

—Una última oportunidad —dijo—. Mira mis papeles. Lo entenderás.

Dudé. 428 me hizo un guiño alentador. Entonces chasqueé los dedos.

Bentley abrió una escotilla incineradora con una ceremonia informal y deslizó repiqueteando dentro el contenido de la bandeja. El Preso 428 parecía que iba a protestar, y después los miró irse con un ensimismado silencio.

—Bueno, qué lastima. Eso nos habría ahorrado mucho tiempo.

Hubo una ráfaga de calor cuando Bentley cerró la escotilla incineradora y se volvió hacia mí. —Lamento informarle, señor, que los efectos personales del Preso 428 se perdieron por el camino.

—Descuidada, Bentley, muy descuidada —chasqueé la lengua.

Ella asintió con la cabeza, aparentemente tomándose el reproche en serio, y después, con una reverencia rígida, se marchó. Puede que no sea

como Bentley, puede que no me guste, pero creo que ambos somos muy eficientes a nuestra manera. La manera de Bentley es más rígida. Todo en ella le recuerda a uno este hecho. Constantemente. Bentley logra que las cosas se hagan.

Por el contrario, el Preso 428 estaba repantigado en la silla de metal, retorciéndose para ponerse cómodo.

—Bueno, Preso 428, ¿dónde estábamos? —me recosté en la silla, aprovechando al máximo su acolchado lujo. La silla del Preso 428 era, huelga decirlo, una lámina de metal atornillada al suelo.

—Estabas preguntando, señor... —el tono de 428 era un poco apagado. ¿Detectaba los primeros signos de derrota?— preguntabas si sabía quién eras, y yo simplemente estaba creando una consulta válida acerca de la naturaleza de la identidad. Es una escala progresiva —se encogió de hombros—. Debería saberlo. Señor.

—Repetiré la pregunta, Preso 428. ¿Sabes quién soy?.

El Preso 428 había hecho de hosco, enfadado, grosero, y amigable. Ahora bostezó.

—Sí, Señor. Lo que quieres oír es que esta es una prisión en un asteroide en el espacio profundo. Tu eres el Alcaide.

—Muy bien, 428 —le dije alentador—. No es una prisión. Lo llamamos La Prisión. Y sólo los peores criminales son enviados aquí. Sé por buena fuente que eres el peor del lote...

—Bueno, yo soy inocente —lanzó 428 con furia.

—Todos lo sois, lo sé —chasqué la lengua—. Por favor, no me interrumpas de nuevo, o haré que el Guardian te corte algo. Iba a decir que me han informado que eres el peor criminal en el sector, culpable de crímenes atroces contra el gobierno de HomeWorld. Pero —y aparenté estar tan despreocupado como lo estaba 428—, déjame decirte algo. No estoy interesado en los detalles de tus crímenes. Eso está todo en el pasado. Mientras estés aquí, estás a mi cargo. Veo a todos los presos de aquí como mis amigos. Y me gustaría incluirle en esa lista. ¿Puedo, 428? —me incliné hacia delante sólo un poco. Y sonreí. 428 consideró la oferta.

—No tengo por costumbre llamar a mis amigos “señor”.

—Haz una excepción, sé buen chico —le dije—. Tienes ya muchos problemas 428 y...

—Oh, ¿podemos acabar con todo eso? —espetó el Preso 428—. Mi nombre es el Doctor.

—Suenas como un alias criminal. Y los nombres no están permitidos aquí.

—Bueno, te diré, ya que somos amigos, que hagamos ambas excepciones, ¿de acuerdo?.

A veces hay que romper el Protocolo para lograr un resultado positivo. Me alegré de que Bentley no estuviera aquí para ver esto. Ella realmente no lo habría aprobado.

—Muy bien, entonces, Doctor —dije con mi sonrisa más cálida—. ¿Sabes por qué tuve que traerte aquí?.

428 lo consideró.

—¿Fue a causa de la fuga?.

—¡Correcto!. Muy bien, 428, fue a causa de la fuga. Eres un recién llegado. Tienes mucho que aprender. No se puede escapar de La Prisión. Incluso si continuas saliendo de tu celda, están los Guardianes, los guardias de Bentley, las paredes, las cercas, las defensas exteriores para superar y después, por fin, un largo camino a casa a través del espacio profundo. En caso de que te hayas perdido las vistas cuando llegaste, estamos en un asteroide en el borde del sistema. Tenemos pocas naves de suministro. Honestamente no hay salida, y sin embargo sigues intentándolo.

—Oh, sí —asintió 428 calurosamente—. Digamos que es una vocación.

—Algunos reclusos tejen cestos. Les resulta muy tranquilizador.

—Nunca he tenido mucho tiempo para el mimbre —murmuró 428—. Seguiré escapando, si a ti te da lo mismo.

—Por supuesto que sí. Se mi invitado. —Alejé la idea magnanimamente, le alcancé y le di unas palmaditas en el hombro. Me di cuenta con placer que se estremecía ligeramente. Claramente era un poco de dolor—. Escápate todo lo que quieras, amigo mío. Confío plenamente en las habilidades de mi equipo, pero estoy seguro de que aprecian las prácticas. Y gracias a ti han tenido muchas prácticas últimamente.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible —dijo el Preso 428 con aire de suficiencia.

Jugué con la idea de empujarle por el incinerador, pero en su lugar sonreí.

—Bueno, entonces, todo el mundo debe tener un hobby, supongo — me puse de pie, indicando que tenía permiso para irse—. Vete, 428, vuelve a tu celda, y disfruta de tus fugas.

—No lo entiendes —el Doctor, 428, no se movió.

—¿Disculpa?.

—No lo entiendes, señor —repitió el Preso 428—. Hice toda esta fuga con un solo propósito. Para poder reunirme contigo.

—¿Y ahora? —hice una pausa. Le di a 428 otro silencio para que me contara más sobre él—. ¿Querías reunirme conmigo? —me incliné hacia delante, interesado.

—Sí —dijo.

—Bueno, estoy contento de haberte desbloqueado ese particular logro —asentí satisfecho—. Tal vez a continuación podrías aprender un idioma —le sonreí, e indiqué a los Guardianes con un gesto—. Llevadlo de vuelta a su celda.

—No, idiota ... señor —el Doctor se puso de pie, inclinándose sobre la mesa, cara a cara conmigo, gritando ferozmente mientras el Guardian se deslizaba desde la pared y le envolvía con zarcillos electrificados—. Tenía que reunirme contigo —gritaba furiosamente, ignorando el dolor—, porque tenía que advertirte. No tienes ni idea de lo que realmente está pasando aquí, ¿verdad?. A menos que me escuches, un montón de gente va a morir.



# Capítulo Dos

Tengo como norma no hurgar en el pasado de mis prisioneros. Todos tenemos algún esqueleto en el armario, ¿no?, y me esfuerzo para cumplir mi palabra. Cuando le dije al Prisionero 428 que quería ser su amigo y que los detalles de sus crímenes no me conciernen, lo dije en serio.

De todos modos, estaba comportándose de manera extraña. Suele ser habitual en los recién llegados, ya que la Prisión es un lugar inusual y cuesta un poco acostumbrarse. Recuerdo que cuando la ví por primera vez desde el transbordador, mi ánimo, ya bajo, se deslizó hacia mis botas y se escondió debajo de los calcetines. Sabía que aspecto tenía la Prisión (después de todo, en mi antiguo trabajo, había participado en las primeras etapas de su planificación), pero cuando todos los mundos de nuestro sistema, incluso ahora, son tan imaginativos, ayudar a crear algo tan gris y frío era horrible. Los centellantes cinturones de anti-gravedad y la red de defensa externa emitían pequeñas luces en la oscuridad, creando bolsas de casi-color con las que auto engañarte y ver como el gris se transformaba en un púrpura brillante, incluso podías ver como se teñía en tonos azules.

Pero en realidad, el asteroide era sólo un formidable puño de roca, enorme e imponente, oscura y muy final. Nos habíamos quedado con un peñasco que no quería nadie y en él habíamos metido a las personas menos deseadas. Y las olvidamos por completo.

Mientras mi lanzadera se aproximaba me atraparon ensoñaciones típicas de colegial, y me puse a pensar en formas de escapar. ¿Qué haría si fuera un prisionero aquí?. ¿Cómo saldría de mi celda?. ¿Cómo saldría del asteroide?. No pude evitarlo y me dejé llevar por mi entusiasmo, pero al

acercarnos a la roca, esos sueños de niño murieron, y no creo que haya sido el mismo desde entonces.

Honestamente, la mayoría de los muchos sistemas de seguridad son inútiles. No hay manera de salir de esta prisión. Las lanzaderas ni aterrizan, en su lugar un sistema unidireccional de transporte cruza la Matriz de Defensa, transportando suministros y prisioneros de forma directa a la zona de recepción. No estoy diciendo que la gente no haya tratado de escapar, pero nunca termina bien. La única manera de escapar de aquí es morir y, con el tiempo, todo el mundo se da cuenta. Una vez se dan cuenta, no tengo más problemas con ellos.

Pero, ¿qué pasaba con el Prisionero 428, que preferiría ser llamado Doctor?. Bueno, ¿qué pasaría con él?. Había visto gente como él antes, muchas veces. Hablaría sin parar y gritaría, trataría de organizar grupos de protesta furtiva y, a continuación, uno más obvio. Todos actos de rebelión, fatigosas campañas, tal vez un boletín samizdat, tal vez unos pocos intentos de fuga en masa. Inevitablemente, se producirían lesiones (en su lado), y el apoyo se retiraría silenciosamente hasta que el Prisionero 428 se quedaría solo y más apenado que cuando llegó.

Quería evitárselo. Por supuesto que sí, era mi deber humanitario. Él era mi amigo, tanto si quería como si no, por eso había incumplido la promesa que me hice a mí mismo y me había interesado por él. Simplemente por su propio bien, por supuesto.

Llamé a Bentley que llegó tan rígida e inmaculada como siempre.

—Eso ha sido divertido, ¿no, Bentley? —dije.

—Si usted lo dice, Alcaide —el tono de Bentley era frío, pero los bordes de su boca se movieron. Siempre me tentaba con la promesa de una sonrisa. Sólo la había visto sonreír una vez, cuando un intento de fuga salió terriblemente mal. Pobre Marianne. Para ser sincero, me alegraba de no haber visto sonreír de nuevo a Bentley.

—¿Tomarás el té conmigo?.

Bentley inclinó la cabeza como señal de asentimiento.

—Si así lo ordena.

—Apenas es una orden, simplemente una costumbre entre amigos.

No éramos amigos y era una estupidez pretender que sí lo éramos pero, aún así, no pude dejar de intentarlo. Ella trabajaba para mí y, sin embar-



go, sólo me trataba ligeramente mejor de lo que lo hacían sus superiores. No importaba lo que hiciera, lo correcto, severo y profundo que fuera, ella siempre me miraba como si mi uniforme estuviera manchado de mermelada. Ni siquiera sé por qué le ofrecía té. Todo aquello era estúpido, pero había hecho la oferta, por lo que debería seguir adelante con ella. Le sonreí, aunque quizás fuera demasiado forzado. Aún así, una bebida entre colegas. Un Custodio nos trajo té y ambos pretendimos disfrutar del mismo. La bebida estaba bien, siempre y cuando no dudarás de su procedencia, de la del agua.

Bentley se instaló en la silla de metal situada frente a mí, era la única persona a la que nunca parecía importarle aquella incomodidad de hierro. Estaba esperando a que hablara.

—Creo que vamos a tener problemas con este “Doctor”, ¿no crees?.

Asintió.

—¿Vas a llamar a 428 por su nombre?.

Estaba comunicativo.

—Podemos permitirnos ser generosos, dudo que vaya a estar con nosotros mucho tiempo.

Bentley casi me llamó la atención durante un momento.

—¿Quiere que organice . . . ?.

—¡No, no! —le aseguré a toda prisa—. Sólo quería decir que ya hemos visto a gente de este tipo y nunca termina bien, ¿verdad?.

Bentley consideró la airada declaración con seriedad.

—Todavía tenemos a 112 en el Nivel 6.

Me llevó un momento recordar el número.

—Oh —se refería a Marianne Globus. Pobre Marianne. Pobre 112. Una querida amiga—. Ah, sí —ninguno de los dos dijo nada durante un momento—. Qué extraordinario que la recuerdes, Bentley. Me había olvidado por completo de ella, la verdad. Prácticamente lo he olvidado todo sobre ella, bueno, de lo que queda de ella —pretendía sonar idealista cuando, en realidad, la sola idea de lo que había sido de la pobre 112 me hizo sentir mal—. ¿Y cómo está?.

Bentley casi vaciló un instante.

—No la he supervisado personalmente durante algún tiempo, pero los Custodios en el Nivel 6 no han dicho nada negativo sobre la condición de

112 o su tolerancia al dolor .

Pobre Marianne. Habíamos dejado de pensar en ella. El Nivel 6 estaba bastante vacío y ni siquiera había visto un tutor humano desde hace bastante tiempo. ¡Oh, Dios!.

—Debería organizar una visita personal en algún momento —no me apetecía.

—En efecto —Bentley inclinó la cabeza, insatisfecha de que la reprendieran a ella.

—No te preocupes por eso —le aseguré—. Tu haces un trabajo espléndido supervisando el funcionamiento de toda la prisión. No puedes preocuparte por cada detalle, ése es mi trabajo. Mi mujer solía citarme un dicho de la Antigua Nueva Tierra: “Cuida los centavos y las libras se cuidarán solas.”

Bentley inclinó la barbilla, interesada.

—¿Qué significa, Alcaide?.

—No estoy del todo seguro, aunque, por otra parte, también me decía: “No te preocupes por las cosas pequeñas”. Ese es el problema de los refranes arcaicos, a nuestros oídos parecen contradictorios y difíciles de cumplir.

—¿Un poco como el Prisionero 428? —para Bentley era una broma.

—Sí —sonreí tratando de demostrar que estaba contento con lo que Bentley había dicho, ya que encajaba con el punto al que quería llevar la conversación—. ¡Se parece mucho al Doctor!. Un hombre extraordinario. Si —me recliné en la silla, sintiendo como los treinta y seis bolsillos de confort de la silla hacían su trabajo de forma espléndida—. Ya sabe que me interesa especialmente no acabar con otra situación como la del Prisionero 112 en nuestras manos... bueno, esparcido sobre nuestras manos.

—¿Qué quiere que haga? —Bentley esperó a que yo hablara primero.

—Me preguntaba si, en este caso, ser prevenido vale por dos. Estaba pensando en echarle el más pequeño de los vistazos a los informes de 428. ¿Crees que sería prudente?.

—Lo que usted piense que es mejor, Alcaide —Bentley mantuvo un tono neutral—. Se puede arreglar, puedo pedir los archivos por la Trans-Net. Puede tardar un poco.

Las comunicaciones eran terriblemente lentas en este lugar. La transmisión de los satélites TransNet de vuelta al Sistema HomeWorld era errática. Al principio la idea había sido usar la TransNet para transmisiones casi en directo de la programación de entretenimiento, noticias y comunicaciones con los seres queridos pero, lamentablemente, una vez que la Prisión se había finalizado descubrimos que el proveedor de la TransNet había hecho un trabajo lamentable con las comunicaciones. Incluso las comunicaciones más simples eran dolorosamente lentas. Los presos simplemente llegaban aquí, a menudo sin que nosotros supiéramos quiénes eran. El entretenimiento se enviaba desde los transbordadores en el antiguo soporte de papel (¿quién dijo que el cristal de datos estaba muerto?), y las pocas noticias que recibíamos lo hacíamos a través de anuncios de texto extremadamente breves o por sumarios traspuestos a copia en papel. En un principio te sentías aislado, pero ahora nos habíamos acostumbrado y casi llegábamos a disfrutarlo. Presos y guardianes, éramos todos ermitaños.

Viendo que la despedía, Bentley hizo ademán de levantarse, su taza de té estaba a medio terminar. Le indiqué con un gesto que permaneciera sentada.

—Tranquila —le aseguré—. Puedo hacerlo desde mi terminal.

A veces pienso que ella cree que soy un viejo sin esperanza, pero toqué el teclado para despertar el ordenador, éste respondió lentamente. Los terminales con los que nos equiparon fueron suministrados por el mismo contratista que puso el lamentable sistema TransNet. Son horribles. Los iconos volvieron lentamente a la pantalla y golpeé el de «Registros». Volví a hacerlo. Finalmente acepté que la cosa se había congelado.

En casa me había acostumbrado a pedírselo todo a mi tableta, constantemente, y ahora apenas me molestaba en tocarla una vez al día. Me vi obligado a confiar en mi propio ingenio. Del cual estaba bastante orgulloso por la libertad que me proporcionaba. De todas maneras, estaría bien que el sistema funcionara ni que fuera una sola vez.

Bentley estaba de pie y se dirigía a la puerta.

—Tal vez sería mejor que buscara yo los informes —se ofreció gentilmente.

Realmente cree que estoy acabado. En fin. Había otra taza de té en la tetera, así que la serví. No había terminado cuando Bentley regresó con los

informes de 428 pasados a papel y metidos en una carpeta. Me senté con el resto del té a leer a fondo. Tras unas cuantas páginas dejé de leer a fondo y simplemente pasaba por encima hasta que aparté la carpeta asqueado.

Cogí el vaso, pero el té se había enfriado. Tampoco podía enfrentarme a esto.

Me di cuenta de que Bentley todavía estaba en la habitación, mirándome, y evaluando mi reacción con curiosidad. Es como uno de los Custodios en muchos sentidos, silenciosa, sólida y sombría. Nunca se lo diría, por supuesto, tiene sentimientos, estoy seguro. En alguna parte. Se sentiría terriblemente herida.

—¿Ha leído lo relativo a los crímenes del Doctor? — preguntó.

—Prisionero 428 —dije con firmeza. Ya no se merecía un nombre. Asqueado, empujé la carpeta hacia ella—. Llévatela.

Mi tableta se había reiniciado y la usé para entrar a la cámara de la celda de 428. La suya era tan espartana como todas las de nuestros prisioneros. Cada caja contenía un estante para sentarse y dormir, y una puerta. No había ventanas porque no había vistas y sólo a los Guardianes se les permitía ver las estrellas y el espacio. Los presos simplemente veían las paredes y a otros presos. Cada celda era del tamaño reglamentario, aunque las de Nivel 6 quizás fueran un poco más pequeñas. Y sin embargo, la celda de 428 parecía estrecha, como si el hombre llenara la habitación.

Se paseaba por el área, tirando del uniforme naranja como si tratara de transformarlo en algo distinto de la prenda sin forma que era. El naranja era el único color que los prisioneros veían y, al estar en todas partes, ya ni lo notaban.

Lo miré con fascinación. Así que este era el hombre, el hombre que había ...negué con la cabeza. Sus crímenes apenas podían pensarse. Lo odiaba. Fue poco profesional de mi parte hacerlo, pero lo odiaba.

Me preguntaba cuando 428 se cansaría de pasear. Todos acababan cansándose. Cuando yo era un niño, todavía teníamos zoológicos, y mis prisioneros eran como los animales del zoológico, caminando por los límites de su confinamiento, como si de alguna manera pudieran desgastar el suelo y las barras, antes de aceptar la derrota.

Prisionero 428 aún no había cedido, aún no se había dado cuenta de que nunca saldría de la Prisión.

Me centré en su rostro, tratando de leer sus crímenes en él. Éramos, más o menos, de la misma edad, pero sus rasgos parecían demasiado estirados por el esfuerzo de contener su culpabilidad, como si tratara de contener varias vidas de cansancio y enojo. Era la cara de alguien acostumbrado a mandar. No era exactamente guapo, pero sin duda era inolvidable. Me entró un escalofrío al pensar que esa era la última cosa que muchas de sus víctimas habían visto. No una puesta de sol, ni sonrientes rostros de sus seres queridos tras un triste adiós, sino aquella cara enojada hirviendo lejos como una estrella moribunda. Me estremecí.

Me prometí a mí mismo que, costara lo que costara, le haría pagar por lo que había hecho.

Las alarmas me despertaron de mi ensoñación. Me había adentrado en mis pensamientos, cosa que era siempre un error. Hay mucho que hacer en la Prisión, y no es apropiado que el Alcaide se ponga a soñar despierto. Incluso cuando las cosas funcionan sin problemas.

Volví a mirar a la cámara de la celda y me espanté, era casi como si 428 me estuviera mirando a través de la lente. Aquellos ojos. Las cosas tan terribles que habían visto.

Corté la imagen rápidamente. Fue entonces cuando saltaron las alarmas.

En la prisión tenemos una gran cantidad de alarmas, y ninguna de ellas suponen una buena noticia, además suenan como almas en pena gritando. Esta no producía la particular agonía propia del “Escape del Prisionero”, pero aún así era bastante estridente. Últimamente la habíamos oído bastante.

Bentley llamó bruscamente a la puerta de mi oficina y entró. “FALLO DEL SISTEMA” anunció, en mayúsculas. Los dos lo sabíamos, pero el Procedimiento de la Prisión establecía que el Alcaide debía ser informado. Asentí con la cabeza y me levanté.

Los dos fuimos rápidamente hacia la Sala de Control, donde los Custodios se deslizaban silenciosamente entre los terminales. Las pantallas mostraban cada celda, cada pasillo, cada área de la Prisión. Un mapa gigante de todo el asteroide brillaba en una de ellas. En teoría, debería estar mostrando dónde estaba el fallo del sistema, pero en su lugar, la pantalla estaba parcialmente oscurecida por un icono que decía “ACTUALIZAN-

DO... ACTUALIZANDO...”. Era de lo más inútil.

El sistema de diagnóstico de la Prisión había sido instalado por un contratista diferente del que había proporcionado las tabletas y la TransNet y, definitivamente, no se habían llevado bien, si bien ambos habían hecho un trabajo de mala calidad.

Miré a Bentley, moviéndose rápidamente entre los Custodios, accediendo a las actualizaciones verbales de sus compañeros humanos. Si todo en la vida pudiera ser tan eficiente como Bentley, pensé. Tal vez con un poco más de cariño, sólo un poco. Pero ella era todo lo que uno podía desear en una crisis.

La verdad era que había muy poco que pudiéramos hacer. Estos cortes se producían cada vez con más frecuencia y no había explicación. Si este último seguía el patrón, pasarían entre tres y cinco minutos y volveríamos a la normalidad. Pero mientras las alarmas sonaban, dependía de Bentley y su equipo el asegurarse de que no hubiera sistemas centrales afectados. Había encargado a algunos custodios que trataran de averiguar la raíz del problema, pero hasta ahora no habían informado de nada. En su lugar, se habían convertido en expertos en lidiar con estas emergencias, reasignando recursos sobre la marcha para que los cierres no fallaran, manteniendo la red de contención y el sistema medioambiental estabilizados. A veces, esto significaba que la cena quedaba cruda, la gravedad un poco alta o el aire un poco rancio. Hasta ahora no habíamos tenido que hacer grandes sacrificios.

Una noche, Bentley y yo esbozamos algunos protocolos de emergencia. Mejor dicho, yo había hecho algunas sugerencias y ella había escuchado, para luego decir: “Si me lo permite ...” y que me tocara corregirlos luego. Pero estábamos preparados por si la situación empeoraba y las fuentes de energía no podían ser cambiadas a tiempo. No había sido una conversación fácil. Habíamos acordado ponerlas en práctica si el fallo de sistema se alargaba hasta los siete minutos. Eso sería el fin. Un reloj rojo y parpadeante contaba los minutos que llevábamos con la corriente cortada.

El mapa de la Prisión brillaba con las palabras “ACTUALIZANDO... ACTUALIZANDO...”, y el reloj indicaba que habían pasado cuatro minutos. Bentley continuó moviéndose con tranquila eficiencia y los Custodios seguían desplazando la antena a través de los paneles, informado de otros fallos y de los éxitos en la relocalización de recursos.

El reloj pasaba ya de cinco minutos. Me di cuenta de que los Guardianes humanos se buscaban con la mirada, nerviosos. El pánico se estaba extendiendo. La mayoría de las veces, nos podemos olvidar de que estamos en una roca en el espacio profundo construida artificialmente para contener vida. Cuando los sistemas funcionan, la fragilidad de nuestra existencia desaparece de nuestras mentes, pero vuelve de repente durante una alerta y nos recuerda que, si la alimentación falla por completo, esto es todo. Tenemos un suministro limitado de oxígeno. Aunque pidiéramos ayuda, incluso si esa ayuda llegara del Planeta Nata o de la colonia más cercana, hay muy pocas posibilidades de que llegara antes de que nos quedáramos sin aire. Todos nosotros, prisioneros y guardias, estaríamos enterrados en nuestra tumba.

El reloj pasaba ya de cinco minutos y quince segundos. Una horrible primera vez. Me pregunté si debía decir algo para tranquilizar el ambiente o para dar ánimos, o hacer algo que oliera a la normalidad de un lunático, como hacerme una taza de té. No me la bebería, sería simplemente por las apariencias. Su Alcaide no es presa del pánico, está bebiendo té, ésta en calma así que usted también puede estarlo.

El reloj marcaba cinco minutos y veintinueve segundos. Un nuevo y bastante formidable récord. Vi a Bentley mirándome, tratando de llamar mi atención pero seguí con la mirada en el frente. Teníamos noventa y un segundos antes de empezar a tomar terribles decisiones. Disfrutemos de los noventa y un segundos lo mejor que podamos. Si sobrevivíamos, las decisiones que tomáramos quedarían en nuestra conciencia para siempre.

Cinco minutos cuarenta y un segundos, de repente el mapa de la Prisión se aclaró. “SISTEMAS NORMALES”, informó. La alarma paró. El rojo desapareció de la luz.

De repente había mucho silencio, salvo por un colectivo suspiro de alivio y el olor a sudor y pánico que impregnaba el aire.

—Bien hecho, Bentley —dije—. Bien manejado.

Como si hubiera evitado de alguna manera una terrible crisis. La verdad, la terrible y aterradora verdad, era que no teníamos ni idea de lo que estaba pasando.

Mi comunicador pitó. Era una llamada desde el Nivel 7. Descolgué de mala gana, sabiendo que sería el Oráculo.

La grasa de la cara del Oráculo llenó la pantalla, la papada temblaba cuando movía la cabeza hacia los lados.

—Dios mío —ronroneó—. Ha estado cerca, ¿no?

Una de las pocas cosas en las que Bentley y coincidíamos era en nuestro odio hacia el Oráculo. Todo en él nos irritaba. Ninguno de nosotros había tenido contacto físico con él, pero aún así nos resultaba repelente. Sus manos estaban por todas partes, siempre llenando la pantalla, tocando un teclado invisible cada vez que hablaba, revoloteando, subiendo y bajando.

Al Oráculo le gustaba hacer sólo dos cosas en la vida: predecir el futuro y decir “te lo dije”. Sus predicciones rara vez parecían cumplirse, aunque eran de una naturaleza tan relativa que no podías reclamar nada tras el evento.

Así lo hizo en esta ocasión.

—¿No le dije que se producirían vibraciones púrpuras? —dijo, alzando los dedos por encima del pelo y dejándolos caer hasta su barbilla—. Bueno... yo diría que un fallo del sistema de casi seis minutos es definitivamente púrpura. ¿No cree?

Frunció los labios y esperó una respuesta. Lo que más nos molestaba del Oráculo era que lo necesitábamos. Sin él, no habría nadie que se ocupara del Nivel 7.

El Oráculo dejó de esperar una respuesta y se reclinó en la silla, formando con los dedos primero un campanario y luego una catedral.

—Os diré una cosa, amigos míos, hay tiempos púrpura por delante. Recordad mis palabras —cortó la comunicación.

Volví a mi habitación para calmarme, relajarme, reflexionar, para tratar de trazar el futuro, para tratar de pensar en algo. Mi tableta volvía a mostrar la vista de la celda del Prisionero 428. Estaba de pie, mirando hacia mí de nuevo, impasible. Levantó una ceja con curiosidad, como si estuviera esperando algo. ¿Podría estar detrás de todo,, pensé con un estremecimiento.

Apagué la tableta, pero el fantasma de esa mirada se mantuvo en la pantalla por un momento. ¿Qué sabía?, pensé. ¿Qué sabía realmente el Prisionero 428?



# Capítulo Tres

La chica. Las visitas a la Prisión son raras, pero las tenemos de vez en cuando. Contratan lanzaderas privadas, ocasionalmente desde Home-World, más a menudo desde una de las colonias más téticas, y vuelan todo el camino hasta aquí. Hay una plataforma de aterrizaje. Nosotros nunca la usamos. La plataforma fue diseñada específicamente para estar aislada del resto de la prisión. Sabíamos que las visitas vendrían.

Algunas veces se presentará toda una familia. Una madre y un padre, un marido, algunos niños. Algunas veces se quedarán de pie llorando en la plataforma de aterrizaje. Algunas veces se quedarán de pie en silencio. Esperando.

No existe regulación que se ocupe de las visitas. Los Protocolos se limitan a indicar que, lamentablemente, a los presos no se les permite tener visitas. Como cortesía, la primera vez que vienen, siempre saldré a la valla que separa la plataforma de aterrizaje del resto de la prisión. La valla es poco más que un símbolo de los setenta y tres sistemas que no se pueden romper entre la plataforma de aterrizaje y la prisión. Como todo lo demás, si así lo decido, bajo medidas ordinarias puedo desactivar siete de esos sistemas para permitir que me pasen objetos. Como por ejemplo, digamos, una petición. Normalmente es una petición. No se permiten cartas ni regalos para los presos. Además, tampoco puedo dar nada a las visitas. Ni siquiera yo puedo acceder a todos los setenta y tres sistemas. Ni siquiera yo puedo permitir que alguien inocente pase desde el interior de la Prisión al exterior.

Como ya he dicho, la primera vez que alguien viene de visita, siempre

saldré a su encuentro. Me parece humano. Algunas veces se quedarán allí de pie clamando y gritando a través de la valla. Algunas veces hay pancartas. Algunas veces, sólo uno de ellos dará un paso adelante y en voz baja me hablará.

“¿Sabes quién soy?” Les preguntaré. “Nos gustaría hablar con <insertar nombre del preso aquí>”. Educadamente le responderé que, por desgracia, no es posible. “Pero nos prometieron comunicaciones TransNet con ellos”, insistirán. “No hemos sabido nada desde que llegaron. Simplemente queremos saber si <insertar nombre del preso> está bien. Los queremos. Eso es todo.”

Asentiré gravemente y luego responderé: “Les puedo asegurar que <insertar nombre del preso> está absolutamente bien y recibe el tratamiento aprobado. La red TransNet no está funcionando actualmente con un ancho de banda suficiente para permitir la comunicación entre los presos y los de HomeWorld. Les puedo asegurar que el problema no está en nuestro lado. Les recomendaría que lo planteasen ante las autoridades de HomeWorld. Me han dicho que los problemas actuales están causados por el viento solar”.

Siempre me miran de un modo extraño cuando digo eso. Pero es lo que Bentley me ha dicho y tengo que confiar en ella.

Entonces preguntan si pueden pasarme cartas para sus seres queridos. Me disculparé y explicaré que lo único que se permite es la comunicación a través de TransNet. Les diré que estoy atado por los Protocolos. Me mirarán de una manera divertida otra vez. Y luego les pediré que me pasen una petición llena de esperanza y de indescifrables firmas.

Nunca he entendido las peticiones. Gente de la que nunca has oído hablar quieren que hagas algo. No hay nada que pueda hacer al respecto. Me ocupo de los presos, de acuerdo con mi propia conciencia y con los Protocolos. De todos modos, envío sus peticiones al Gobierno de HomeWorld. Quizá nos sorprenderán a todos liberando a alguien, u ordenándome que conceda a alguien privilegios extra. Pero nunca lo hacen.

Se lo explico a las visitas pacientemente, y espero, amablemente, a que me entreguen una petición que, simplemente escanearé y enviaré por el espantosamente lento TransNet retransmitido de nuevo al Gobierno. La conexión que tienen en sus lanzaderas es sin duda mucho más rápida. Pe-

ro insisten en que lo haga. Quizá les hace sentir mejor, así el viaje largo y costoso ha merecido la pena. Si es así, lo menos que puedo hacer es cogerlo y mirarlos sería y gravemente. Nunca me devuelven la mirada.

Así es como va una buena interacción. A veces incluso me dan las gracias por mi tiempo antes de irse. He sido entrenado para hacer frente a escenarios menos ideales. A veces me gritan. “¿Cómo pudiste?. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo?” gritan. Pero entonces, son preguntas que nadie puede responder. Hacemos lo que hacemos y podemos vivir con nosotros mismos. De alguna manera. Esa es la única respuesta que alguien puede dar.

De todos modos, eso es un amplio resumen de cómo va una típica primera visita. En la que tengo la cortesía de saludarlos.

Las demás veces que vienen, por lo general les dejo ahí fuera. Los Procedimientos indican que sólo tengo que reunirme con ellos una vez.

Se quedan allí. Agitan sus pancartas. Se asoman con esperanza a través de la valla. Nadie sale a su encuentro. Y, finalmente, se marchan.

Raramente acuden una tercera vez.

La chica, sin embargo. La chica sería diferente.

Llega sin ninguna fanfarria, está justo de pie allí en la plataforma de lanzamiento. Curiosamente, la Matriz de Defensa no ha captado a ninguna lanzadera acercándose. Ni siquiera hemos tenido el tiempo de encender las luces de aterrizaje debidamente. Pero está bien, porque no parece necesitar ayuda para aterrizar su lanzadera. Acaba de llegar, como si se hubiera lanzado un hechizo.

Tampoco está vestida apropiadamente. No lleva un traje espacial, ni siquiera un traje de vuelo. Sólo un jersey pasado de moda y una pulcra y anticuada falda en su pequeño y resuelto cuerpo. Ni siquiera lleva una banda en el pelo. Recuerdo gente como ella. Hacía mucho tiempo que no veía un Vintager. Pensé que habían muerto con la Vieja Nueva Tierra. Curiosamente me recuerda al Preso 428. La misma sensación de que está aquí pero que desentona.

Por supuesto, puedo imaginar que ha venido a ver a 428.

Con arreglo al Protocolo, salí obedientemente a la pista de aterrizaje. Me estaba esperando. No estaba sosteniendo una pancarta, ni un montón de aburridos pedazos de peticiones formales. Estaba sentada en un pedazo

de roca, leyendo un libro de papel de verdad. Cuando llegué a la valla, fingió no notar lo por un momento, sólo permanecía leyendo, su nariz arrugándose ligeramente mientras volvía una página. Luego marcó la página (¡con un artefacto que no tiene precio!. La odié sólo un poco), lo deslizó en el bolsillo y me miró con una sonrisa.

—Lo siento —dijo—. Llegaba a la mejor parte. Así que ... Hola —sonrió, educadamente—. ¿Puedo ayudarte?.

—Soy el Alcaide —le dije, ya un poco descompuesto—. Es más cómo puedo yo ayudarte, ¿no?.

—Bueno, si tú lo dices —se encogió de hombros. Su paciente sonrisa hacia su cara incluso más bonita.

—Estás con 428, ¿verdad?. ¿El Doctor?.

Asintió.

—¿Te gustaría verle?.

Asintió de nuevo.

—Bueno, me temo que eso no es posible.

—Ah —parecía seria, su mano manoseaba el libro en el bolsillo—. He recorrido un largo camino. Y realmente sería una buena idea si me permitieses verle.

Y ahí estábamos. De vuelta a un terreno familiar.

—¿Es un pariente. ¿Su hija tal vez?.

Se rió ante eso, una completa risa gutural y horrorizada.

—Nunca le cuentes que has dicho eso. Te mataría.

Fruncí el ceño. Mencionó matando a 428, pero casi de manera casual. Como si no estuviera al tanto de todo el horror que había hecho. O lo ignorase intencionalmente. Traté de no permitir que me afectase.

—¿Entonces, tal vez eres su... esposa?.

Frunció el ceño y entonces su rostro estaba claramente haciendo: “Oh, vamos”. Tristemente, conocía el tipo.

—Querida, lo siento por ti. Desafortunadamente, no eres la primera en aparecer aquí en tu situación. Quizá has visto la cara del Doctor en los TransCasts, o has leído sobre su juicio, y te has enamorado de él —ignoré los chillidos de protesta que hizo—. Estás aquí porque estás enamorada de él, y crees que, si te reunes con él, podrías reformarle. Sé lo que tratas de

hacer aquí —negué con la cabeza tristemente—. Estás aquí para salvarlo de sí mismo.

La chica lo consideró.

—Bueno, ahora mismo, creo que es un poco idiota. ¿Eso cuenta?.

Una vez más me quedé perplejo. No se estaba comportando como una fan enamorada. Tendió una mano, los dedos no rozaban demasiado la valla, sólo golpeaban el Sistema de Protección 3, el campo eléctrico. No los quitó. Ni se inmutó.

—Empecemos de nuevo —dijo—. Hola, soy Clara. Soy amiga de Doctor. ¿Qué te trae por aquí?.

—Soy el Alcaide —le dije, haciendo una reverencia en señal formal de saludo—. Estoy autorizado a saludar a cualquier persona en su primera visita a la prisión con arreglo al Protocolo.

—¿Sólo en su primera visita? —Clara levantó una ceja.

Asentí. Había habido algunos rumores de que yo tenía que salir a todas las visitas, pero después de un tiempo parecía enfatizar la inutilidad del ejercicio. Bentley me había asegurado que no tenía que hacerlo. Estaba agradecido por esta inusual amabilidad hacia mí.

—Estoy obligado a salir y hablar contigo una vez. Después de eso, bueno, eres bienvenida a volver tantas veces como desees. Pero esta es tu única oportunidad de hablar directamente con el Alcaide.

El ceño fruncido de Clara se profundizó.

—Muy Bien. Así que, para que yo lo entienda, ¿no vas a liberar al Doctor a pesar de que me he puesto mi falda más elegante?.

Negué con la cabeza.

—¿Y no hay absolutamente ninguna posibilidad de tener una breve charla con él?.

Negué con la cabeza de nuevo.

—Bien, entonces —Clara se encogió de hombros—. ¿Así que sólo somos tú y yo? —no parecía que le molestase—. Muy bien, aunque me siento como la chica que encontró la lámpara que le concedió tres deseos. O algo así. Sabes cómo es. Para mi siguiente deseo querría infinitos deseos.

Sonrió. Le devolví la sonrisa, a mi pesar.

—Me temo que no conozco las fábulas de tu tribu.

—Oh, ¿no? —la sonrisa de Clara se ensanchó. Había algo en esa chica que estaba ganando bastante. No estaba tratando esto exactamente como una broma, era más que me estaba tratando como a un ser humano. De repente me di cuenta, hacía mucho tiempo que nadie lo había hecho. Normalmente las visitas sólo me gritaban. Nunca parecieron darse cuenta de que estoy obligado tanto por la ley como por mis responsabilidades, hacia aquellos a los que consideraba mis amigos.

Caminó de un lado a otro por la plataforma de aterrizaje durante un rato y después levantó la mano. Supuse que estaba acostumbrada a hablar en público. Algo en sus maneras, un educador. Eso era. Tendían a ser unos locos y fanáticos, aunque describir así a esta Clara como parecía algo injusto.

—En resumen, ¿la única cosa que puedes hacer es escucharme y sólo tienes que hacerlo la primera vez que visito?.

—Correcto.

—Pero tienes que escuchar —sonrió, como golpeada por un pensamiento.

—¡Por supuesto!. Me parece lo menos que puedo hacer por los amigos de mis amigos.

—Bien. Entonces tengo una fábula para ti —dijo, agitando su pequeño dedo hacia mí—. Trata de una mujer que era, ah, digamos, una especie de Reina de Jordania. Y esta Jordán estaba decidida a conseguir exactamente lo que quería en la vida. Y así se casó con un montón de reyes. Y no importó con cuántos reyes se casó, nadie le dio exactamente lo que quería. Uno era un, um, cantante. O algo así. Uno era un guerrero. Uno huyó de vuelta a casa confuso. Y uno parecía muy majo con un tanga. Creo que hubo otros reyes temporales, pero esos fueron los principales. De todos modos, la cuestión es que ninguno de estos reyes dio a la Reina de Jordania exactamente lo que quería, pero ella siguió casándose con ellos mientras estaba decidida a conseguir lo que quería. No iba a conformarse con nada menos que la perfección e iba a seguir adelante, incluso si se le terminaban los reyes. Que parecía lo más probable.

Consideré atentamente esta parábola.

—¿Y estás diciendo que eres como Jordán, Reina de Jordania?.

Clara asintió, mordiéndose el labio superior con determinación.

—De maneras que ni siquiera puedes imaginar —juró. Se acercó a la valla, la electricidad se desataba alrededor de su cara. Relampagueaba y brillaba en sus ojos y parecía sombríamente seria—. Escúchame, Alcaide. Continuaré viniendo hasta que hagas lo que digo. Suelta al Doctor. O un montón de gente morirá —y entonces sonrió con esa dulce sonrisa, y se alejó.

Fanáticos.





# Capítulo Cuatro

Después de la visita de la chica, me acerqué a seguridad. Pedí una vigilancia Doble R en la celda de 428. También pregunté a Bentley que comprobara a ver si podría haber alguna influencia externa causando las fluctuaciones de energía. Como la Matriz de Defensa no mostró signos de la llegada de Clara, quizás se escondía de alguna forma en la superficie del asteroide. El barrido del escáner dio negativo.

Lo único que pasó fue que tuvimos dos fallos más de los sistemas. No pasó de cinco minutos cuarenta y dos segundos, pero aún así, eran lo suficientemente serias por lo que pedí a Bentley que enviara un informe de errores a HomeWorld. En caso de que hubiera algo que pudiesen aconsejar. Al parecer, la única respuesta inmediata de HomeWorld fue un aluvión de acusaciones y contra-acusaciones entre los distintos contratistas y sub-contratistas encargados de la construcción de la Prisión. Y los apagones continuaron, aunque no fueron tan graves.

—Bueno, supongo que nos mantiene alerta —dije a Bentley. Si estaba esperando conseguir una sonrisa estaba equivocado. No importaba lo que dijera, nunca podría conseguirla.

El Oráculo parpadeó en el nivel 7. Me estaba mirando a través de sus dedos. Parecía borracho. A menudo lo estaba.

—Oh, Alcaide, ahí está —su voz irradiaba deleite.

—¿Qué puedo hacer por usted Oráculo? —nunca he disfrutado de hablar con él.

—Más bien es que puedo hacer yo por usted. La chica me interesa.

—¿Qué chica?.

—La que vino de visita. Pude verlo todo a través del ojo de mi mente —más probablemente a través de su golpecito en el relé de la cámara—. Parece encantadora. Veo un... —tomó un profundo olisqueo— ... un camino bermellón para ella.

Un dedo regordete pinchó la cámara, las huellas se anclaron contra la pantalla.

—Te lo digo ahora, ella y yo nos conoceremos muy pronto —asintió ante la sabiduría de su propia observación e imitó con sus manos fuegos artificiales en el aire—. ¡E iluminaremos el cielo!. ¡Tanta intensidad!. Ya verás.

Negué un poco con la cabeza.

—No estoy seguro de que seas su tipo.

—No importa —el Oráculo, con un tono decepcionado, me guiñó un ojo—. Predigo colores interesantes para ella y para... ah sí, Prisionero 428. Ese proyecta una larga y morada sombra sobre el futuro.

Me encontré al Prisionero 428 en la cubierta de observación. A menos que estuvieras en la pista de aterrizaje, ese es el único lugar en el Prisión que ofrece una vista de las estrellas.

Era tarde en la noche, y estaba allí solo. A menudo voy solo a la cubierta de observación, para recordar el pasado. Siempre venía con un Guardián, y sentí momentáneamente pánico cuando vi allí a 428. Chasqueé los dedos y un Guardián emergió de las paredes, deslizándose hacia mí, flotando y haciendo tick, mientras esperaba instrucciones.

—¡Prisionero 428! —llamé—. Explícate. ¿Qué estás haciendo aquí?.

—Mirando a las estrellas —428 no se giró.

—Para empezar, a los presos no se les permite mirar a las estrellas.

—Parece bastante cruel —dijo 428. Aún no se había girado.

—Se hace para vuestro propio beneficio. Los psicocriminólogos declaran que la visión no haría más que disminuir la moral del prisionero.

—¿Eso? —428 se giró. Su rostro estaba enmarcado por las estrellas girando lentamente tras nosotros, y por un momento pensé que extrañamente correcto parecía eso—. Tus psicocriminólogos suenan como un manojo de idiotas.

No podía estar en desacuerdo con él, por lo que avancé al punto 2.

—Punto 2. A los presos no se les permite el acceso a esta área de la Prisión.

—Ah —428 chasqueó—. Bueno, me pondré una nota para evitarla en un futuro.

—Punto 3. Los reclusos están dormidos a estas horas.

—Tsk. No duermo.

—Punto 4. A estas horas, los presos están encerrados en sus celdas.

—Oopsie —428 hizo una cara cómica de arrepentimiento—. ¿Qué puedo decir aparte de que la puerta de mi celda simplemente se abrió?. Hacen eso a mi alrededor. Es magia —¿se estaba riendo de mi?—. Soy como el hombre que dobla cucharas. Solo que elegirías sentarte a mi lado en el autobús.

—Has roto cuatro normas —me detuve, y me di cuenta de que no sonaba para nada enfadado. Era como si hubiera olvidado por completo todo sobre lo que Prisionero 428 era, y lo que había hecho. Empecé de nuevo, gritando esta vez—. Escúchame, 428. Has roto cinco normas distintas de la Prisión, si incluyes no dirigirte a mi por el título correcto.

—Bueno, sí, eso ha dicho, señor —428 asintió un poco aburrido—. Deja que te diga algo, voy a deambular de vuelta a mi celda, e intentaré cerrar los ojos —se giró sobre sus talones y comenzó a caminar, entonces se detuvo—. Si no te importa que te diga esto, creo que a ti también te vendría bien algo de reposo. Estas un poco pálido.

—¡428!. ¡Te dirigirás a mi como señor! —vociferé.

428 solo se giró y se alejó firmemente, agitando una mano distraídamente.

—Duerma un poco, señor. Lo va a necesitar —dijo, y se fue.

Me quedé allí un momento, temblando de rabia. El Guardián hizo un ruido, queriendo saber si quería que siguiera a 428 y contenerlo. Negué con la cabeza. Bueno, le permitía tener esta pequeña victoria.

A todo el mundo le gustaba el Guardián Donaldson. Era todo lo que Bentley no era. Donaldson era una mujer pequeña, un poco regordeta, y siempre estaba animada y sonriendo. Su jovialidad enmascaraba astucia. La gente asume que Donaldson era una bonachona, pero, en todo caso, insistía más en cumplir las normas que Bentley. La cosa era que cuando Donaldson cogía a la gente, era más probable que alzaran sus mano y

rieran con arrepentimiento. La pura corrección de Bentley significaba que era temida. Donaldson era tratada un poco como un profesor favorito.

La única persona con quien Donaldson era reservada era el Prisionero 428. No estoy seguro de si Bentley había tenido unas palabras con ella (ambas estaban muy unidas), o si solo era un inteligente juicio de un personaje.

Un día vi en un monitor a Donaldson y a 428 hablando. No escuché lo que 428 estaba diciendo pero escuché la fulminante respuesta de Donaldson: “Si dejaras de intentar tanto no encajar, lo harías muy bien”.

El Prisionero 428 hizo un amigo. Bentley me informó de este hecho. Fingí no estar realmente molesto, pero ya estaba restallando de entusiasmo. Se inclinó sobre mi tablet para activar las cámaras, y me dí cuenta de nuevo que, realmente, Bentley no huele a nada. Solo a jabón. Esto no era realmente notable, era sólo que debía de haber un olor. Recordé a mi esposa inclinándose sobre mi para enseñarme algún cotilleo en TransNet, y siempre había habido un olor. Curiosamente, no podía recordar cómo olía el perfume de mi mujer. Había pasado tanto tiempo.

Bentley dio un paso atrás, y me apresuré en desechar la idea, la idea en sí, de su perfume. Después de todo era el Alcaide. Los Alcaldes no olisquean el aire como poetas en primavera. En su lugar, miré severamente a la pantalla. La transmisión era de una de las cámaras a bordo de un Guardián, estacionado en el borde de la cafetería, 428 estaba de pie comiendo de un cuenco con una cuchara. Junto a él estaba la cansada figura de 317, un hombre viejo y pequeño. Pobre Lafcardio.

428: Se podría pensar que nos darían sillas.

317: Te acostumbrarás, Doctor.

428: Pero si nos dieran sillas no necesitaríamos tener que acostumbrarnos.

317: Y una mesa.

428: Sí, una mesa. Una mesa y sillas.

317: Siempre he pensado que estar de pie al comer perjudica la digestión.

428: La comida debería de ser disfrutada. No devorada como si tuviéramos prisa por llegar a una reunión.

317: Cierto. No tenemos reuniones. No aquí.

428: ¿Solías hacerlo?.

317: Oh, Dios mío, Doctor. ¿En mi antigua vida?. Demasiadas. Mi día estaba lleno de ellas. Echando la vista atrás, creo que hubiera preferido comidas más largas.

428: París. Siempre es bueno para una comida. No es una comida a menos que estes en París y haya sido tan larga que estén señalando el cartel de “Estamos cerrados” de la puerta. Y tosiendo discretamente. Ah, nadie tose discretamente como un camarero parisino. ¿Has estado alguna vez?.

317: No. París parece un mundo encantador. Ya has hablado de él.

428: Cuando todo esto termine, te llevaré, Lafcardio. ¿Qué te parece?.

317: Tienes un raro sentido del humor. Me gusta.

428: No tanto como querías un bistec poco hecho. O incluso steak tartare. Eso es algo por lo que vale la pena una indigestión.

317: ¿Has, ah, acabado con tus gachas?.

428: ¿Oh... esto?. Gachas, ¿eh?. No, ni siquiera he empezado.

317: ¿Vas a hacerlo?.

428: No. Toma. Me quedaré con la cuchara.

317: ¿Estás seguro?. Estoy muy avergonzado de pedir, pero las porciones...

428: Adelante. Toma el cuenco. Me quedaré con la cuchara. Nunca he sido muy fan de los alimentos [una mentira absurda]. Ahora, la pregunta es si estamos comiendo en algún lugar en Marais o el Mercadillo, los stands de libros de segunda mano junto al Sena y luego a Terminus Nord para una cena tardía. Allí los camareros están vestidos como pingüinos y hacen cosas con los huevos que harían sonrojar a un pollo...

317: En realidad, Doctor, ¿podrías callarte?. Sólo durante un momento. Estoy tratando de comer estas gachas.

428: Horribles, ¿no es así?.

317: Atroces.

[Una pausa]

317: Ya está. Toma tu cuenco. No lo he lamido. Eso sería indigno.

428: Y las gachas no se lo merecen. Cuando me vaya, puedo decirte que voy a ser bastante malévolo en TripAdvisor.

317: ¿Te gustaría ver mi biblioteca, Doctor?. Bueno, digo “mi” biblioteca, pero ninguno de nosotros tiene posesiones. Aunque, naturalmente, como casi nadie la usa, podrías, con toda honestidad argumentar que...

428: Lafcardio, llévame a tu biblioteca. Han arruinado mesas, sillas y comida. Me encantaría ver lo que hacen a los libros...

Vi a los dos alejarse, intercambiando miradas furtivas con sus compañeros presos. Por un momento, mi mente se estiró, preguntándose cómo sería ir a París con esos dos. Parecía un lugar agradable.

Sorprendentemente, me había tomado un momento recordar a Lafcardio. Un hombre mayor bastante inofensivo, que había aceptado al régimen penitenciario con calma, casi como si la universidad en que enseñaba hubiera sufrido severos recortes. Era un viejo amigo, uno de los que no valía la pena quebrar.

Había gente como 428, personas que, por su propio bien, tenían que ser quebrados. Y luego estaban los que como 317 no lo necesitaban. Ya se habían rendido dócilmente. Una mayor crueldad parecía inútil. A menos, por supuesto, que tuviera un buen propósito.

Bentley me miró, esperando a que hablara, para hacer comentarios. Sentía que tenía que decir algo. Sólo para entrar en sus buenos libros.

—Oh, ya sé, 428 es culpable de al menos tres violaciones menores del Protocolo y técnicamente está en huelga de hambre. Pero esto es una buena señal, Bentley. Está pasando de ira a...

—¿Aceptación? —Bentley parecía casi como si estuviera burlándose.

—Bueno, ah... —encontré su intento de ironía inquietante—. Al menos, ahí tenemos los primeros signos de que 428 está asumiendo su realidad en lugar de negarla absolutamente. Y 317 es un buen socio a tener. Alguien que encarna la conformidad. 428 puede aprender mucho de él.

—Eso está muy bien, señor. ¿Pero y si 317 fuera a aprender mucho de 428?.

La noción de Bentley me golpeó nítidamente. Siempre tenía razón. Odiaba eso. La cámara del Guardian en la biblioteca saltó a la vida. Las luces de ahí eran oscuras, solo lo suficientemente brillantes para permitir a los presos ver los títulos de los libros pero no lo suficientemente brillantes como para fomentar la lectura prolongada. El lugar también era mantenido permanentemente ligeramente más frío que el resto de la Prisión. El

ambiente era cuidadosamente controlado en las zonas comunes. La única habitación más fría que la biblioteca era la piscina. Es sorprendente lo fácil que se puede manipular a la gente con solo ligeras variaciones en la temperatura.

Un error en los primeros días de los Protocolos de la Prisión era que manteníamos el gimnasio un poco más caliente y seco. La idea tras esto era la de promover un ligero incremento de pérdida de peso y flexibilidad en los miembros para disminuir lesiones musculares. En la práctica, el ambiente cálido y árido promovió la agresión debido a una leve deshidratación. Consulté esto con HomeWorld y pedí que la temperatura normal fuera reinstaurada, pero respondieron que este era un resultado interesante. Al final les desautoricé discretamente y reduje la temperatura a solo una fracción más baja de la normal. No podía ver la ventaja en provocar a los reclusos. Después de todo, los considero mis amigos.

Lo que me lleva de vuelta a la biblioteca. Cuando entraron, 428 miraba alrededor de la cámara. 317 estaba esperando, con las manos juntas, expectante. Al final, todo era mucho para él:

317: Bueno, ¿qué te parece?.

428: Triste.

317: Oh.

428: No pretendía ser ofensivo.

317: Estoy seguro.

428: Pero en serio, hombre. He visto una mejor selección en una tienda de caridad cerrada. En realidad, huele igual.

317: Ya veo. Siento haberte hecho perder tu. . .

428: En absoluto.

428 se fue, claramente furioso. El Guardián de la Biblioteca rotó para mostrar a 317 observándolo irse y entonces, lenta y tristemente, caminó por las estanterías, palmeando algunos volúmenes defensivamente, y cerrando otros, quitándoles el polvo.

Así que, después de todo 428 no había hecho un amigo. Bien.

Una hora más tarde estaba ocupado tratando de actualizar las asignaciones de gasto cuando oí voces. Me di cuenta de que no había cerrado la pestaña de vídeo, y la maximicé, rápidamente desterrando las minucias sobre catalizadores reprocesadores de oxígeno.

El Guardián de la Biblioteca mostraba a 317 en la biblioteca, agitando frenéticamente las manos mientras 428 danzaba a su alrededor, recogiendo libros.

428: Lo siento mucho. Debo disculparme. Sólo puedo expresar mi sincero pesar por mi comportamiento anterior. Vamos, atrapalo.

317: Nunca he podido atrapar.

428: Vaya. Yo tampoco.

317: Entonces, ¿por qué lo has tirado?.

428: Porque vivo con la esperanza de encontrar a alguien que pueda atrapar. Serían útiles. Allá vamos. Mira, casi ningún daño al libro. Puedo arreglar fácilmente el lomo.

317: ¿A qué se debe este cambio, Doctor, si puedo preguntar?. ¿Qué quieres?.

428: Hacer las paces. Averiguar por que. Lo que es maravilloso de esta triste colección es que existe. ¿Estoy en lo correcto?.

317: Bueno, sí. Inicialmente la idea era que todos los presos tendrían acceso a los libros a través de TransNet. Pero, cuando eso probó ser. . .

428: Más lento que el envío de un mensaje de texto en Somerset, sí. . .

317: Bueno, yo me encargué. Fui a ver al Alcaide.

428: Eres un hombre valiente.

[Hizo una mueca y yo me enfurecí un poco.]

317: En realidad fue muy comprensivo. Explicué que teníamos poco que leer. Se acercó a las autoridades de HomeWorld, que lamentaron que, por desgracia, nada se podía hacer. Pero el Alcaide, bueno. . .

428: ¿Vas a hacer que me guste?.

317: Un poco. Quizás. Juntos, nos acercamos a la población reclusa, y preguntamos si cualquiera de ellos había traído libros físicos con ellos como posesiones que estuvieran dispuestos a prestar. Se acordó que cualquier libro en la tienda de objetos de valor personal podrían también ser donados. Además, a los Guardianes se les permitió pasar los libros que ya no requerían a la biblioteca, los cual fue muy amable por su parte.

428: Sí. Es gracioso. Realmente no piensas en ellos como lectores.

317: Al contrario. Uno de ellos, el Guardián Donaldson, descubrió un resquicio. Obviamente, nuestros parientes no podían enviarnos libros.

482: ¡Oh no!. Dios nos libre de eso.



317: Pero Donaldson podía pedir los libros y hacer que fueran enviados a ella por transbordador. Y entonces, siempre y cuando los Guardianes los lean, entonces podrían. . .

428: Pasar a la biblioteca. El bueno de Donaldson. Me gusta como suena.

317: Puedes conocerla más tarde. Es bastante encantadora.

428: ¿Oh, ella?. Ciertamente. ¡Por supuesto!. ¡Ella!. Esa Donaldson. Sí. Una mujer a la que le gustan los libros. De las mejores.

317: Muchísimo. Gasta una gran cantidad de su sueldo en ellos. Incluso descubrió que una buena cantidad de la biblioteca de la universidad en la que doy conferencias en, lo siento, en la que solía dar conferencias, iba a ser. . . desechada por una suma razonable. Así que ella los pidió. Casi llenó un transbordador.

428: Oh. ¿Va a tener esto un final infeliz?. No estoy seguro de cómo me siento sobre esos.

317: No, no. Bueno. No exactamente. Alguien en el envío preguntó sobre esto. Pero solo después de que hubieran sido enviados. El Alcaide, muy a su pesar, se vio forzado a actuar. A pesar de sus. . . peculiaridades tiene buenas intenciones. A regañadientes, cerró el resquicio. Bueno, algo de él. Los Guardias aún nos pueden donar libros. Pero no bibliotecas enteras.

428: Lo cual es una tontería. Se supone que tenéis que tener acceso a libros.

317: Bueno, sí. El Alcaide lo intentó y elevó esto, creo.

428: [un largo suspiro que pude oír desde mi oficina] ¿Cómo fue?.

317: Oh, mal. Un nuevo subcontratista miró de instalar terminales privados de TransNet que nos darían acceso rápido. Nuestros parientes podrían pagar por el ancho de banda. Pero entonces, por supuesto, los medios de comunicación en HomeWorld se enteraron de que nos estaban cobrando por leer. . . y, ante la protesta.. el plan fue deshechado.

428: ¿En vez de daros un módem más bonito que funcionara?.

317: HomeWorld es así de curioso. Pero, es por eso por lo que estoy en prisión.

428: Así que lo que me estás diciendo es que todos estos libros, estos libros maravillosos, de mala calidad, cutres, y frecuentemente, ilegí-

bles, ¿son el resultado de ingenuidad humana y generosidad?. ¿De presos y guardias trabajando juntos para hacer la vida un poco más soportable?.

317: Sí. Incluso tengo a este Guardián aquí, [¡clang!] asignado para que haga la archivación. En los primeros días solo lo hacía por orden alfabético, pero recientemente le he enseñado a hacer una archivación de biblioteca.

428: ¿El antiguo arte del Decimal Dewey?.

317: Cierto.

428: Maravilloso. El conjunto es mayor que la suma de sus partes. Te diré una cosa, mi increíble Lafcardio, voy a celebrar esto tomando prestado uno de estos libros y leyéndolo. Vamos a ver... ¿Jeffrey Archer?. Madre mía. Quizás no. “Moll Flanders, una serie de televisión protagonizada por...” Por Dios. ¿Cuán viejos son estos libros?. La selección aquí es completamente aleatoria.

317: Una gran cantidad de libros de HomeWorld fueron enviados como lastre no deseado de Vieja Vieja Tierra. A cambio de minerales. Todos son basura muy desgastada.

428: ¿Lastre no deseado?. Eso es una cosa terrible que decir acerca de los libros. Podrías también calentar un orfanato con ellos. Imagina que el lastre descartado de la Tierra se convierte en tu precioso archivo. Y allá vamos.. “Odio los lunes por Garfield”. Siempre tienes que querer un libro sobre un gato. Este será brillante. Me lo llevo.

317: Bueno, si insistes.

428: Lo hago. ¡Hola!. [Toca al Guardián de la Biblioteca] Estoy pidiendo prestado este pequeño libro, burro de hojalata. Espero que eso esté bien. Y tú, que tengas un buen día, 317.

317: Lo tendré Doctor.

428: Gracias Lafcardio. ¿Sabes lo que has hecho?. Me has dado esperanza. Y tú. [Estaba golpeando el robot de nuevo] Continúa con el buen trabajo.

—¿Qué estará tramando? —Bentley había aparecido y estaba mirando por encima de mi hombro. Salté, a pesar de mí mismo, derramando una taza de té. Nos perdimos durante unos momentos en una ráfaga de limpieza y de rescate de papeleo.

—De verdad que no tienes que hacer esto —le aseguré.

—Está bien —dijo. Pero entonces lo haría. Me di cuenta de que estaba utilizando mi borrador de informe para limpiar el enorme derrame. La habría detenido, pero eso hubiera parecido grosero.

Uno o dos minutos de protesta y de chasqueo de lengua pasaron y entonces retrocedimos para admirar nuestro trabajo.

—Supongo que podía haber pedido a un Guardián que se ocupara. Pero simplemente hubiera prendido fuego a la mesa.

Bentley no se rió, pero entonces, de nuevo, no discutió. Una pequeña victoria.

—Mis disculpas, por molestarle, Alcaide.

—Para nada —decidí que podía permitirme ser magnánimo. Después de todo, esto podría resultar un freno a esa mala costumbre suya de colarse en mi oficina sin anunciarse. Nunca llamaba a la puerta. En muchos aspectos, dejando de lado los informes de progreso empapados, esto era un bonus. Así que, con un triste movimiento de cabeza, cambié de tema.

—Para nada, para nada, estabas tan fascinada por el Doct. . . por 428 y 317 como yo lo estaba, ¿no es así? —traté de sonar abierto y acogedor. Me di cuenta de que Bentley había vuelto a no mirarme. Una lástima.

Los ojos de Bentley estaban fijos en la pantalla mostrando a 317 entretenidos con su vacía biblioteca, preocupándose por su lamentable colección de libros, reorganizándolos y hablando con ellos como si fueran mascotas.

—¿Qué trama 428?. Esa es la pregunta —dije—. ¿Podría haber algo escondido en la Biblioteca que necesite?.

—Creo que simplemente necesita un amigo— dijo Bentley.

—¿Qué? —pregunté. Y entonces pensé sobre ello—. Oh.

Continuamos observando a 317 en la biblioteca.

Bentley tosió con delicadeza.

—Con su permiso, Alcaide, tengo una sugerencia. . .

—No hay grilletes esta vez, ¿eh? —428 era más escandaloso que la mayoría de la gente que me había encontrado aquí. A pesar de ser escoltado por el agarre de dos Guardianes, casi parecía pasear por la habitación. Como si no le importara la impresión que daba, como si no fuera a estar allí el resto de su vida, como si simplemente un día paseara y nunca mirara atrás. Bueno, iba a ayudarlo a poner los pies en tierra. Con un golpe.

—No, nada de grilletes, 428 —le aseguré, inclinándome hacia atrás afablemente—. Por favor, siéntate.

—Oh, esto es un honor —se encogió librándose de los Guardianes y se acomodó en la silla. Miró la habitación—. Esto es bonito, no es así. Sí, bonito —de alguna forma estaba siendo sarcástico. Podía sentir la cursiva alrededor de gran parte de lo que dijo—. Tus flores necesitan agua.

—No lo hacen, por desgracia, florecen aquí. No como una regla.

428 chasqueó.

—Falta de luz solar. Falta de gravedad adecuada. Falta de... bueno, cualquier cosa anima a cosas vivas a vivir. ¿Te gusta estar aquí?.

Parpadeé.

—No es mi deber que me guste. Mi deber es obedecer los Protocolos y asegurar que todo el mundo vive armoniosamente.

428 había dejado de escuchar a mitad de la frase.

—¿Echas de menos tu hogar?.

Extendí mis manos con franqueza.

—Apenas puedo recordar eso. No puedo volver a HomeWorld. Ahora este es mi hogar. Créeme, 428, una vez que te acostumbres a ello, tiene cierta tranquilidad.

428 me miraba. Me estaba mirando directamente. Inconscientemente, quería darme la vuelta, pero en su lugar dispuse mi mirada y sonreí.

—¿Cómo estás disfrutando de escapar? —le pregunté. Había continuado haciéndolo, paseando por la prisión con la naturalidad de un felino. incluso había desactivado, brevemente, el Guardián que había establecido fuera de su puerta, despertándolo solo en su vuelta con un golpeteo feliz y un saludo. 428 no se estaba tomando la Prisión seriamente. Eso cambiaría.

428 habían empezado a tararear, así que repetí la pregunta. 428 adoptó toda la apariencia de una consideración seria, y entonces se inclinó con franqueza.

—Como ha dicho, realmente, es un hobby, señor. Después de todo, cada uno debe tener un hobby. Los niveles de seguridad más bajos, son las parte fáciles. Llegar más allá de cierto punto, eso es bastante complicado. Pero llegaré. Honestamente, si no hubieras incinerado el móvil de Clara, podía haberte enseñado Candy Crush. Eso es molesto.

—¿Clara?.

—Clara —no quería discutir sobre ello más. Por lo que me sentí perfectamente cómodo en no contarle sobre su visitante femenina. Bien. Un punto débil. Me lo apunté—. Le compraré uno nuevo cuando salga —se encogió de hombros—. El Emperador Dalek no es nada comparado con un corriente vendedor de móviles. Ach, quizás me quedé aquí el resto de mi vida, ¿eh?. Menos molestia.

Me incliné.

—Vas a estar aquí el resto de tu vida, 428. Pareces tener problemas aceptando eso.

428 asintió.

—Sí. Sí que lo tengo.

—Bueno, voy a ayudarte —le dije.

—¿Aplastapulgares? —se frotó sus manos con entusiasmo.

—No. ¿Por qué nos tomas?. Te voy a hacer una oferta.

—¿En serio?.

—Mesas y sillas.

428 me miró con curiosidad.

—Has expresado el deseo de que la cafetería tenga mesas y sillas. He aquí mi trato. Si te quedas en tu celda durante tres días y tres noches... entonces la cafetería puede que tenga mesas y sillas.

—¿Me estás sobornando con muebles? —428 parecía encantado, como si esto nunca hubiera sido intentado antes.

—Mesas y sillas. Tienes mi palabra 428.

Él asintió.

—Muy bien. Tenemos un trato —entonces su rostro se endureció como el hielo—. Solo una cosa. Mi nombre. No es vinculante a menos que me llames por mi nombre.

La petición me molestó. Claramente no era un nombre real. Era un poco mejor que 428. Y, sin embargo, teniendo en cuenta las cosas que se habían hecho en él, me dolió hacerlo.

—Doctor —sonreí dulcemente—. Quédate en tu celda cuando debes durante tres días y tres noches y la cafetería tendrá mesas y sillas.

428 se inclinó sobre la mesa y me dio la mano, mirándome fijamente a los ojos. Hubo silencio durante un largo momento, roto solo por los Guardianes pasando a Modo de Advertencia.

—Hecho —dijo 428.

# Capítulo Seis

Estaba tan cansado ese día. Esa fue mi única excusa para todo lo que vino después.

Había habido dos cortes de energía más por la noche, uno más durante el día, y después, justo cuando me iba a dormir, vino otro. El peor hasta entonces.

La sirena me despertó. Me sentía como si acabase de apoyar la cabeza en la almohada, pero al parecer habían pasado dos horas. Me preocupaba que algún día me volviese a quedar dormido de verdad y durmiese durante una emergencia.

Salté de la cama y corrí a la Estación de Control. Bentley estaba allí. Se la veía cansada de verdad, por una vez. Desde la muerte de Donaldson se la había visto muchas veces cansada. Varios Guardias más estaban allí, más de los que eran estrictamente necesarios para manejar las estaciones de trabajo. Estaban atrás, contra las paredes, fuera del camino de los Guardianes. ¿Era mi imaginación o los Guardianes se estaban poniendo nerviosos?. Había algo en el apuro de sus movimientos que parecía casi enfermizo.

Mi mirada se dirigió automáticamente al Reloj de Situación. Llevábamos ya cinco minutos de apagón. Las interrupciones del día habían sido bastante pequeñas en comparación, de tres minutos. Emergencias insignificantes.. Ahora, los estábamos sobrepasando hacia los seis minutos. El mapa del plano de la Prisión, prometía actualizarse. Pero no pasaba nada —¿Informe? —pedí a la habitación, esperanzado.

Por una vez Bentley no respondió. Había desaparecido bajo un panel

de control, maldiciendo. Su lugarteniente Marla vino corriendo, llevando un portapapeles de plástico.

—Señor, el apagón está afectando al redireccionamiento. No podemos entrar en el sistema para estabilizarlo.

“Pronto tendrás que considerar el destino del Nivel 7.”

Las palabras del Oráculo volvieron a atormentarme, quizá no fuese un absoluto fraude. El ruido de las sirenas se incrementó. Ahora habíamos pasado de los seis minutos y el trabajo estaba parado. Todos los ojos estaban fijos en el tablero. Lentamente iban congregándose en torno a mí, esperando que les dijese qué hacer. Que hiciese un milagro.

Bentley finalmente se irguió de debajo del panel de control.

—No hay nada que podamos hacer, Alcaide —dijo escuetamente, admitiendo la derrota—, no podemos hackear el sistema para desactivarlo. Una vez que alcance los siete minutos, tendremos un fallo en cascada.

Bentley era el tipo de persona que podía decir “fallo en cascada” sin parecer avergonzada de ello en absoluto. Ni siquiera daba la impresión de que lo hubiese oído una vez en un curso de formación, pensándolo fríamente y memorizándolo para uso posterior. Cuando ella decía “fallo en cascada” lo decía en serio.

Pensando en lo que ha dicho el Oráculo, asentí.

—¿Podemos aislar y eyectar el nivel 7? —pregunté. Era la única parte de La Prisión que podía eyectarse. Al menos tendrían alguna oportunidad, y sería liberar recursos críticos. Ganar algo más de tiempo.

Marla comprobó un par de iconos en su portapapeles.

—Tendrían fuerza motriz limitada y sólo suficiente oxígeno para doce horas.

No me importó.

—Eso es probablemente doce horas más que nosotros. El Oráculo puede pensar en algo. Después de todo —sonreí—, parece tener una opinión sobre todo lo demás de por aquí. Inicia el desacoplamiento.

Por lo menos daba a todos algo que hacer.

El reloj alcanzó los seis minutos y cuarenta segundos. Curioso. Una vez que llegásemos a los siete minutos, no habría una gran explosión. Ninguno de nosotros moriría. Probablemente lo primero que notaríamos sería que las luces se debilitarían un poco. El aire se volvería un pelín cálido.



Las puertas tardarían un poco más en abrirse. Pero una vez que el fallo en cascada ocurriese, el colapso de la prisión se aceleraría a partir de ahí. La muerte se deslizaría sobre nosotros. Y no sería agradable.

A los seis minutos y cuarenta y cinco segundos se disparó otra alarma. Las dos sirenas se aullaban entre sí como bestias cortejándose, un sonido que era feo, cuadriculado y estridente, y después la alarma principal se desconectó. Afortunadamente, el reloj se reseteó y el Plano de la Prisión parpadeó, pareciendo cambiar ligeramente, antes de finalmente recargarse. Era como si no hubiera pasado nada.

Casi silencio.

Excepto...

Bentley lo detectó.

—El nivel 6. Todas las puertas están abiertas —eso explicaba que la otra alarma siguiese sonando.

—¿El nivel 6?

—Y otra cosa —suspiró Bentley—. 428 está fuera de su celda.

Normalmente Bentley se ocuparía de esto. Pero se había quedado en la Estación de Control, repasando metódicamente los sistemas, comprobando cada uno y garantizando que su rendimiento fuese óptimo. Hasta la próxima vez que todo cayese.

Así que fui en busca de 428. Llevé un Guardian. Por si acaso.

Lo molesto era que la elección del momento de 428 era terrible. Era el peor momento para sacar sus trucos de vagabundeo. Normalmente tenía más cuidado. Por lo general se deslizaba dentro y fuera de su celda sin preocuparse de las alarmas, pero esta vez había iluminado el tablero como un escaparate de fiesta.

Mientras nos dirigíamos al Nivel 3, me maravillé de lo tranquila que estaba La Prisión de noche. Incluso con la alarma, sólo se oían murmullos de las celdas. Claramente, se habían acostumbrado a dormir durante las alarmas. Llamé para asegurar a la gente que todo estaba bajo control. La cuestión es que no sabía si estaba mintiendo o no. Habíamos estado a menos de veinte segundos de una muerte lenta y prolongada. Con un poco de suerte, la mayoría no se habrían despertado.

La celda de 428 estaba abierta y vacía. Había una nota clavada en la puerta: “Vuelvo en 5 minutos. Firma para cualquier paquete”. No lo en-

contré gracioso.

El Guardián fue capaz de rastrear sus pasos. Conducían directamente al Nivel 6.

El Nivel 6 se veía mal. Si el resto de la Prisión había estado tranquila, esto estaba helado. No se oía ni un sonido. Sólo era un largo pasillo en la parte de abajo de La Prisión. Metemos aquí a la gente en la que no queremos pensar. No estoy orgulloso de ello, pero hay ciertas personas en La Prisión a las que no puedes tratar con normalidad. Cuando falla la terapia correctiva y la contención normal, no tenemos otra opción que drogarles y enviarles al Nivel 6. Era donde podíamos olvidarnos de nuestros fracasos.

Mi Guardian emitió un chirrido de preocupada alarma. Lo consulté en mi portapapeles y entonces me di cuenta de cuál era su problema. Estaba intentando conectarse con los demás Guardianes del nivel, pero no había otros Guardianes aquí. Normalmente no los notas. O están alojados en las paredes, o deslizándose arriba y abajo por los pasillos, silenciosos y eficientes. Los Guardianes son parte de la Prisión. En el Nivel 6 no había guardias humanos, sólo Guardianes. Incluso si no estaban patrullando por los pasillos, esperabas encontrarlos acoplados en las paredes. Pero nada. Ni rastro de ninguno. Curioso. Estabas tan acostumbrado a tenerlos a tu alrededor como parte del mobiliario, que su ausencia desconcertaba.

Que no hubiera rastro de los presos era una cosa. Pero que los Guardianes se hubieran desvanecido así era extremadamente raro. Miré hacia atrás, sólo para comprobar que el Guardián que había traído conmigo todavía estaba ahí. Lo estaba. El pasillo de regreso al ascensor se extendía detrás suyo. De repente parecía estar muy lejos.

Y entonces la luz del final del pasillo parpadeó y se apagó.

Sin pensarlo, me di la vuelta hacia el Guardián y le ordené que investigase. Tan pronto como salió deslizándose, supe que había sido un error enviarlo. Pero no me atreví a llamarlo para que volviese. Lo veía moviéndose suavemente por el pasillo, oyendo el ligero zumbido mientras circulaba. Entró en la oscuridad. Aún podía ver su silueta moviéndose. Todavía podía oírlo. ¿O no?. Parpadeé, y ahora lo único que podía ver era oscuridad.

Ahora estaba solo, y estábamos en peligro. Envíe una señal de ayuda. Pero no hubo respuesta de la Estación de Control. Estaba aislado.

Con cuidado, llegué a la puerta de una celda. Estaba abierta. El interior estaba vacío.

Envíe de nuevo una señal a la Estación de Control. Usé el código para Preso Fugado. La situación se estaba poniendo incluso aún más grave. Y, en teoría, mi llamada de emergencia debería realizarse por el transpondedor central. Sin necesidad de comunicaciones complicadas. Y sin embargo, todavía no había respuesta.

Me acerqué a la puerta de otra celda, con una terrible sospecha formándose en mi mente. También estaba vacía. Miré a mi alrededor desde un punto de vista más forense. No había señales de lucha. No había ninguna nota jocosamente útil.

Probé en tres celdas más. Todas ellas vacías. Después volví a salir al pasillo. Estaba completamente solo. Mis pasos resonaban.

Abrí la puerta de otra celda, que pertenecía al Preso 37. También estaba, obviamente, vacía. Me puse de pie, mirando a mi alrededor. Había algo mal en la pura vacuidad de la celda, como si faltase algo. Intenté averiguar de qué se trataba.

Tardé un tiempo en resolverlo. La celda estaba ordenada. No era la pulcritud de alguien con buenos hábitos. La celda entera había sido arreglada escrupulosamente después de que su ocupante la hubiera dejado. No había ninguna señal de lucha. No había ninguna señal de que alguien hubiera estado aquí desde hacía un tiempo. ¿Desde hacía cuánto tiempo habría estado desaparecido el Preso 37?. Estaba reflexionando sobre ello cuando oí unos pasos fuera. Algo o alguien estaba viniendo.

No reaccioné como el Alcaide de la Prisión. Reaccioné como un hombre asustado, como un cobarde. Te dije que estaba cansado. Es la única excusa que puedo ofrecer. Con el ingenio de un hombre asustado, cerré la puerta silenciosamente y me agaché, fuera de la vista de la ventana. Sentí un miedo terrible, como un juego de niños que de repente se está jugando mortalmente en serio por adultos. Los pasos se acercaban.

Traté de encontrar una forma de defenderme. Si empujaba la puerta... bueno, ¿funcionaría?. ¿Podría usar la puerta como un arma?. ¿Podría golpear a mi atacante para que perdiese el equilibrio, dándome la oportunidad de...?.

Conté los pasos. No paraban en ninguna de las otras celdas. Esto signi-

ficaba que, con toda probabilidad, no estaban viniendo a por mí. No sabían que estaba allí.

Las pisadas pasaron mi celda. Suspiré. Los pasos se detuvieron.

Volvieron. Se quedaron en el exterior de mi puerta.

Eso fue todo. O de alguna manera usaba la puerta contra ellos o rezaba para que no me buscaran.

Inspiré aire, me puse tenso y empujé la puerta. No se abrió inmediatamente, no se abrió volando. Simplemente se abrió ligeramente con facilidad. ¡Por supuesto!. Las puertas habían sido equipadas con bisagras que les impedían abrirse con demasiada rapidez.

Una mano agarró la puerta. Una mano abrió la puerta. Alguien se puso de pie sobre mí. Mirándome. Me encontré con que apenas podía moverme. Me hizo falta todo mi coraje para levantar la vista, para abrir los ojos. Para ver. . .

Que el Preso 428 estaba de pie sobre mi.

—Hola Alcaide —dijo. Tenía una sonrisa sardónica, claramente divertido por encontrarme acurrucado en el suelo. Su sonrisa era tan amarga que era prácticamente una mueca—. ¿Y qué está haciendo un señor como tú agazapado en un lugar como éste?.

Entonces me lancé sobre él. Me había cogido en mi momento más vulnerable. Pero le iba a enseñar. Había sido cuidadosamente entrenado en procedimientos de inmovilización.

Mirando hacia atrás, me gustaría pensar que le había cogido con la guardia baja. Me gustaría decir que no se lo esperó. Me gustaría pensar que le sorprendí. Pero realmente no estoy seguro. Parecía sin aliento por el asalto, y estaba a mitad de camino del suelo con él cuando recordé cómo había ido la lucha Abesse con él. De repente me preocupaba que esto no hubiera sido el más inteligente de los movimientos.

—¿En serio? —dijo 428.

Los dos estábamos tumbados en el suelo, medio dentro y medio fuera de la celda. Lo tenía en un Bloqueo Sometedor que debería haber salido bien

—¿En serio? —dijo—. El marco de la puerta está realmente cavan-  
do en mi espalda y creo que te has magullado la rodilla. Probablemente necesitarás algunas friegas de linimento.

Lo que pasa con 428 es que nunca salía bien. Eso es lo que entonces me vino de repente e inmensamente. Ese aire de tranquila y casi petulante diversión. Una vez hice una fiesta de cumpleaños sorpresa para mi esposa. Lo había organizado todo con mucho cuidado, y sin duda no había ninguna manera en absoluto de que pudiera saberlo, era una sorpresa. Y, sin embargo, en el camino hacia casa, Helen me seguía echando miradas, una sonrisa que decía que sabía lo que iba a suceder. Y eso era. Eso era lo que el Preso 428 estaba haciendo ahora. Ese ligero brillo en los ojos que decía “Sé lo que estás tramando. Sé lo que está pasando. No hay sorpresas. No para mí”. Maldito. Maldito 428. Maldito Doctor.

Entonces comencé a gritar. No creo que sea necesario registrar todo lo que le dije, pero el quid de la cuestión era que estaba harto de jugar a sus juegos, quería saber lo que había hecho y lo que les había ocurrido a los presos.

—En realidad yo también —dijo 428.

Le solté. Me puse en pie jadeando y sin aliento. 428 hizo lo mismo. Nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro con cautela.

—Algo horrible ha sucedido aquí —dijo 428 mirando arriba y abajo del pasillo—. Horrible. Es un término técnico —vio mi mirada y levantó las manos—. Lo siento —dijo, y parecía genuino—. Si piensas que soy insoportable ahora, me habrías odiado cuando era joven.

Di un paso hacia adelante e hice una mueca de dolor. 428 tenía razón. Me había golpeado la rodilla malamente.

—Así que... 428.

—¿Alcaide, señor?.

—Todos los presos de este bloque han desaparecido. Al igual que los Guardianes. ¿Dónde están?. ¿Qué les has hecho?. Lo único que me he encontrado aquí eres tú. Me parece sospechoso.

—Y lo único que he encontrado aquí eres tú. También me parece sospechoso —guiñó un ojo—. Touché.

—Soy el Alcaide —le dije.

—Eso es lo que tu dices —dijo 428.

Pasó un incómodo momento.

—Soy el Alcaide —protesté.

—¿De verdad?. Quizá simplemente te le pareces. Y, si lo eres, entonces ¿dónde está tu Guardián?.

Señalé a la oscuridad.

—Se fue a investigar por allí... y... no regresó.

—Claro —dijo 428, sentándose en la cama—. Si fueras un cambiaformas alienígena, tendrías una historia mejor que esa. ¿Ves? —extendió las manos—. Mira lo confiado que soy. Qué rápido doy a la gente el beneficio de la duda. Realmente deberías intentarlo alguna vez. Podrías pasarlo bien.

Me dejé caer a su lado en la cama.

—Escucha, ¿por qué has salido de tu celda? —me di cuenta de lo agresivo que sonaba—. ¿Por qué disparar las alarmas?.

428 se echó hacia atrás y chasqueó la lengua.

—Normalmente soy un poco más sutil, ¿no?. Pero creo que ambos estamos cansados. Y que esa alarma había continuado por más de seis minutos. Lo digo sólo para sonar casual y para que no se dijese que habían sido 6 minutos y treinta y nueve segundos. Normalmente puedes sentir la energía redireccionándose para hacer frente al fallo del sistema. Ya sabes, el aire se vuelve un poco pegajoso, la gravedad pasa a un 0,3 por ciento y luego a un 0,8 por ciento... Esos pequeños indicadores. Pero esta vez nada. Lo que significaba que, esta vez, antes que terminara, era tan malo que tu sistema se bloqueó de lo que sea que ocurriese. Realmente necesitaba una patada en la puerta de atrás.

—¿Disculpa?.

—Se necesita un experto para abrir la puerta de sus celdas tan mal como yo lo hice. Hice saltar todas las alarmas, ¿no?. Sacó a tu sistema de su bucle y le dio algo fresco en lo que hundir sus dientes

—¿Estás diciendo... que escapaste para tratar de ayudarme?.

—Sí —admitió 428—. Y también porque me apetecía dar un paseo.

—Un paseo por aquí... por el Nivel 6. Dónde... te encuentro. ¿Y nada más?.

—Si —dijo el Doctor—. Pude ver la brecha en un panel de diagnóstico que de ninguna manera hackeé en mi salida. Si compruebas los registros, encontrarás que los problemas comenzaron aquí antes de que dejase mi

celda. Algo estaba abriendo las puertas y sacando a los últimos presos que quedaban aquí abajo.

—A menos que—sonré—, ya hubieras dejado tu celda y la alarma te estuviese dando una especie de coartada.

—Astuto —428 asintió—. Así es realmente cómo piensas, ¿verdad?. Supongo que por eso tu eres el Alcaide y yo soy el preso, ¿no?.

—¿Te estás burlando de mí?.

—Dios me libre, señor —428 se puso en pie—. Vamos. Averigüemos lo que está pasando aquí.

Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que la puerta estaba cerrada.

De alguna manera durante nuestra pelea, la habíamos empujado y se había cerrado.

—Qué embarazoso —se rió el Doctor—. Encerrado dentro de tus propias celdas. Incómodo.

Un silencio se interpuso entre nosotros. Crucé los brazos.

—Así que, ¿vas a mostrarme cómo lo haces?. ¿Cómo desbloqueas las puertas?.

428 levantó una ceja.

—Realmente no me apetece revelar todos mis secretos, si no te importa.

—Seguro que no.

—Escucha, si apartases la vista. . .

—¡No!.

Llegó un distante ruido de portazo. Y luego otro. Resonando. Cada vez más cerca.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

428 me miró.

—Es tu prisión. Deberías saberlo. Ese es el sonido de muchas puertas.

—Sí. Pero, ¿que lo está causando?. ¡428, tu debes saberlo!.

—Me muero por saberlo.

—Bueno, preferiría que no —tan pronto como lo dije, me di cuenta de lo cobarde que sonaba. Quizá lo era—. Escucha 428, aquí estamos a salvo. La puerta está cerrada.

—¿De verdad? —428 parecía divertido—. Sea lo que sea, probablemente nos busca a nosotros. Y cuando lo que sea eso encuentre que esta

puerta es la única que sigue bloqueada. . .

—Ah. Debe haber alguna manera de mantenerlo fuera.

428 me ignoró por un momento, agachándose contra la puerta. Repetí la pregunta.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer —parecía que tenía los dientes apretados—. Y no te va a gustar. Así que, en serio, mira hacia otro lado, señor.

—Oh, vamos, tienes una llave oculta, ¿es eso?.

—Calla. Es demasiado tarde. Escucha. Ya viene. . .

El portazo se acercó más y más cuando una puerta tras otra se sacudía y después saltaba abierta. Después sonaron tres fuertes golpes en la puerta de nuestra celda. Y luego. . . nada.

—Sabe que estamos aquí, 428 —susurré.

—Doctor, por favor —dijo 428—. En momentos como este es agradable oír mi nombre. Me ayuda a pensar. ¿Podrías también hacer algunas preguntas obvias?. Eso también ayuda.

—De acuerdo. . . Doctor. Sabe que estamos aquí.

—Sí. Peliagudo —admitió 428—. Y literalmente no hay manera de que pueda mantenerlo fuera.

Tres golpes más. Unas enormes abolladuras aparecieron en la puerta de la celda. Las bisagras comenzaron a ceder.

—¿Cómo. . . ? —estaba perplejo—. ¿Cómo es que la puerta no se abre?. La manilla está en el otro lado.

—Ah, sí —428 se puso de pie, un poco avergonzado—. Pero el imán de electrones está en este lado.

—¿Qué?.

Señaló un pequeño objeto de metal en la manilla de la puerta.

—Yo, ah, lo hice en el taller de artesanía.

—¿Qué hiciste qué?.

—Ahora está salvando nuestras vidas, ¿no?. Estás siendo un pelín ingrato.

—¿Cómo hiciste. . . ?.

Tres golpes más y un ruido terrible de desgarramiento.

—¿Ahora, en serio?.

—Preferiría no morir de la curiosidad.



428 me miró de forma extraña ante eso.

—Está bien. No me comí los copos de avena para el desayuno pero me quedé con la cuchara. Son de hierro. Luego quité algunos cables a un disyuntor, la batería a una luz de emergencia y algunas otras cosas y presto. La parte más difícil era interferir el bloqueo. Tuve que invertir la polaridad de... de mi cuchara.

—Bien —estaba un poco impresionado.

—He hecho esto antes. O algo así —428 tosió—. Esa no es la cuestión. No podré aguantar contra eso mucho tiempo. Lo que necesitamos es otra manera de salir de aquí. Rápido. ¿Alguna idea?.

—¡No!.

—Pero eres el Alcaide. Esta es tu prisión.

—Está tratando de matarme en este momento.

—Pídele que no lo haga.

—¿Alguna vez dejas de ser así?.

—Oh, no, a veces soy positivamente despreocupado —el Doctor se apoyó contra la pared de la celda. Parecía tan cansado como me sentía.

Nos llegó un fuerte sonido de desgarramiento y la puerta fue sacada lentamente de su zócalo, llevándose gran parte de la pared del asteroide con él. Y por unos segundos algo enorme, terrible y todo en sombras se cernió sobre nosotros y después...

Cerré los ojos en ese momento. No porque sea un cobarde, sino porque estaba cansado. Sigo diciéndolo. Estaba muy cansado ese día. Había dormido ligeramente. Malos sueños.

Lo último que vi fue a 428 interponiéndose entre lo que estaba en el otro lado de esa puerta y yo. Lo miró desafiante. A pesar de que estaba de espaldas a mí, sabía que lo estaba mirando. Y se fue.

Bueno, lo que realmente sucedió fue que cerré los ojos, preparándome para morir. Viendo mi vida. Todo lo que había hecho mal. Haciendo las paces. La muerte no vino. Abrí los ojos de nuevo. No había rastro de la criatura. Sólo una puerta de metal hecha pedazos balanceándose en el suelo. 428 se volvió hacia mí, y dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción.

—Se fue... ¿Miraste al monstruo y se fue?.

428 consideró la idea y luego la desestimó.

—Soy bueno, pero no creo que sea tan bueno.

—Entonces, ¿qué era?.

—No tengo ni idea —sonrió 428 con malicia—. Vayamos y averigüemoslo.

Salimos al pasillo. Estaba teorizando en voz alta.

—¿Hay una especie de criatura alienígena escondida en esta Prisión?. ¿Quizás estaba... viajando en el asteroide?.

—OK —428 fue abriéndose paso suavemente por el oscuro pasillo—. Buena idea. Sigue con eso.

—Dormido... en alguna parte... en todo el edificio de la prisión... y ahora ha despertado, tiene hambre y le hemos dado un montón de comida.

—Muy útil, ¿no crees?. Oh, tengo sueño, me esconderé en alguna roca sólida. Quizá el desayuno se sirva solo. Tráeme bacon —428 negó con la cabeza, pasándose las manos por el pelo.

—Clara es agradable —dije por decir algo.

—Sí, Sí que lo es —consideró 428 y entonces se detuvo en el pasillo, pareciendo alarmado—. ¿La has conocido?. ¿Qué está haciendo aquí?.

—Montando una protesta de una sola mujer por tu liberación en la pista de aterrizaje. Hay pancartas.

—Ganaré —dijo 428, y, muy a mi pesar, me encontré asintiendo. Sonreímos. Nos sonreímos mutuamente. Por un momento, me pregunté si, a pesar de todo, 428 era mi amigo.

Entonces oímos el llanto. 428 lo notó primero y ya estaba corriendo hacia él antes de que ni siquiera me enterase. En las sombras, algo se movía. Era una figura en una silla de ruedas, llorando. Sabía quién era incluso antes de escuchar su voz.

—No le gusto —se lamentó la voz—. Vino para todos los demás, pero huyó de mí.

428 estaba agachado junto a la patética figura .

—¿Qué hizo?. ¿Que te pasa?. ¿Te hizo esto?. Quién eres?.

Hablé, mi voz temblaba.

—Eso, 428, es el Preso 117. Marianne Globus.

Marianne Globus fue la primera persona que intentó escapar de la Prisión. Llegó hasta la pista de aterrizaje. No llegó más lejos.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —428 miró con horror a la criatura que se lamentaba en la silla de ruedas—. Esas lesiones... —entonces observó más de cerca—. ¿Esa silla está hecha de..?.

—Adaptamos a un Guardián —le dije y, absurda y horriblemente, me ref—. Lo siento —le dije—. Lo siento. De verdad.

El Preso 428 continuó mirándome y entonces supe cómo debió haberse sentido ese monstruo.

—No teníamos otra opción —continué—. Marianne... Sus heridas eran tales que...

—¿Qué lesiones?. ¿Qué sucedió exactamente?.

Marianne levantó la vista. Cuando habló, su voz era un graznido apagado. Era lo único que le quedaba.

—Hacía calor. Después hacía frío —se estremeció, su movimiento era tan limitado que simplemente se agitó en la silla.

Negué con la cabeza y hablé en voz baja, acariciando su mano.

—Lo hiciste tan bien, Marianne —le dije suavemente.

—Me escapé —dijo—. ¿Me escape?.

—Sí, Sí, por supuesto. Ahora eres libre.

—¿Sí? —su cabeza se movió ciegamente y consiguió esbozar una espantosa sonrisa—. Supongo que sí. Me gusta tu voz. ¿Eres mi amigo?.

—Por supuesto que lo soy —le dije en voz baja—. Siempre.

—Bien —su cabeza se movió hacia el Preso 428—. ¡Cuidado con los amigos! —espetó, repentinamente consciente y fiera—. Te traicionan. Siempre te fallan.

El Preso 428 se me quedó mirando.

—¿Qué pasó?.

Marianne Globus fue la primera persona que intentó escapar de la Prisión. Llegó hasta la pista de aterrizaje. No llegó más lejos.

Continuamos nuestro camino por el pasillo, 428 empujando la silla de Marianne. No era necesario. Se deslizaba por sí sola. 428 sólo la estaba usando como una forma de ignorarme. —Así que, Marianne —dijo—, la energía para tu silla sigue funcionando. Pero no para las luces o para los otros Guardianes.

—Que ahora están desaparecidos —dije.

—Cállate —dijo 428.

—No me digas que...

—Cállate —repitió 428.

Avanzamos lentamente en silencio. Marianne comenzó a cantar una canción. Su voz rota resonó por el pasillo vacío.

"Brilla. Brilla, Estrellita

Me pregunto quién serás

Arriba sobre del mundo tan alta. . . "

Hizo una pausa, hacía mucho tiempo que su voz había abandonado las notas.

—Como un diamante —se rió y después se puso a llorar otra vez. 428 le dio unas palmaditas, le alisó lo que quedaba de pelo y se quedó dormida.

Marianne Globus fue la primera persona que intentó escapar de la Prisión. Llegó hasta la pista de aterrizaje. No llegó más lejos.

—Muy bien —mi voz era dura—. El Preso 117 llegó a la pista de aterrizaje. Esperó a que viniese una lanzadera. No nos dimos cuenta de que se había ido. Cuando las luces no están encendidas, hace mucho frío ahí fuera. Hay dos lugares para esperar en la pista de aterrizaje en los que no te captan las cámaras. Escogió el equivocado. En donde se descargan los motores de las lanzaderas cuando aterrizan.

428 siguió acariciando a Marianne, que gimió en sueños como si estuviera recordando.

—Y... —mi voz se quebró— No la encontramos entonces. No la encontramos hasta mucho tiempo después. Después de que apagásemos las luces y se enfriase. Muy frío. Hicimos lo que pudimos. . .

Terminamos nuestro recorrido por el Nivel 6. No había presos. No había Guardianes. No había monstruo. Sólo estaba Marianne. Fuese lo que fuese se había ido. Llegamos al ascensor. 428 levantó su cuchara. Hizo un ruido.

—¡Bonito ruido! —susurró Marianne en sueños.

—Sí que lo es —dijo 428—. Es una cuchara sónica. Voy a usarla para acceder a esta escotilla y tratar de conseguir un poco de energía de reserva para el ascensor.

La escotilla cayó y 428 metió la mano dentro. Con un estremecimiento los ascensores se abrieron. 428 empujó a Marianne al ascensor.

—¿Vamos a dar una vuelta? —preguntó.

—Sí —dijo—. Vamos a llevarte a un doctor.

—¿A un doctor? —se rió—. Me gusta como suena doctor.

—A mi también —coincidió 428.

428 y Marianne se colocaron en el ascensor. Me detuve en el umbral. Detrás de mí, el vacío Nivel 6 susurraba solo. El aire era fétido. Una luz parpadeó. Luego otra.

No me invitaron, pero entre en el ascensor de todos modos. Las puertas se cerraron. Subimos.

—Hicimos lo que pudimos —le dije—. Pero tendida ahí fuera durante tanto tiempo con tanto dolor... Sólo... la mantuvimos... tan sedada como pudimos.

—Está claro que lo hicisteis.

—Es mi amigo —dijo emocionada Marianne a 428.

—¡Cállate! —me oí espetarle—. Hice todo lo posible por ti, realmente lo hice.

—Sí —murmuró 428 en donde debería haber estado su oreja—. Sólo que lo mejor de algunas personas realmente no es muy bueno, ¿verdad?.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Las puertas se abrieron. Bentley estaba esperando con Guardias y Guardianes.

—Alcaide —dijo con cierta sorpresa—. Está bien. ¿Qué ha pasado?.

428 comenzó a hablar, pero Bentley le derribó de un golpe y se hundió sin aliento.

—Yo... yo... —es curioso como a veces escuchas tu propia voz y piensas “¿Realmente sueno así?. ¿Cómo puede la gente soportar oír eso?”. Podía ver a la gente mirándome. Era titubeante, débil. Sabía que no debía mostrar debilidad, especialmente frente a Bentley. No merecía la compasión de nadie. En su lugar logré recomponerme. La voz con la que me oía hablar ahora era una verdadera voz. Una voz fuerte. Una voz de mando. La voz de un Alcaide.

—Llegué al Nivel 6. Los cortes de energía habían abierto todas las puertas. Cuando llegué allí, me encontré con 428, pero no a los otros presos. El único otro testigo o superviviente es 117. Recomiendo que se le ponga bajo custodia preventiva hasta que esté lo suficientemente bien como para hablar. Si es necesario, se le retirará la medicación para el dolor si eso le ayuda a estar lúcida.

Oí una protesta sin aliento de 428, pero uno de los guardias de Bentley le golpeó de nuevo, así que continué.

—Vi algo —me aseguré de no vacilar en esto—. Hay algo ahí abajo. Puede estar compinchado con 428. Puede ser simplemente un holograma o algo parecido que tiene... —fui consciente de lo ridículo que sonaba, pero insistí—, algo que ha diseñado para confundirnos. Creo que 428 debe ser llevado a una celda de custodia intensa e interrogado. Puede estar involucrado en los cortes de energía. Es nuestro único sospechoso de la desaparición de los presos del Nivel 6.

Podía verlo mirándome con furia silenciosa. No le reconocí.

—Presentaré un informe ahora —dije, frotándome los ojos—. Lo haré desde mi habitación. No quiero supervisar el interrogatorio. Estoy cansado, muy cansado. Ah, y registrad a 428. Tiene una cuchara.

# Capítulo Siete

La chica estaba en la plataforma de lanzamiento. La dejé allí. La chica volvió a la plataforma de lanzamiento al día siguiente. Había traído consigo una antigua pizarra y escribía en ella con un bolígrafo: “SOY UNA VISITA. ¿NO ESTÁS OBLIGADO A VERME UNA VEZ?”.

—No sé a lo que está jugando —le dije.

Bentley se encogió de hombros.

—Podría escribir en eso cualquier forma de sublevación.

—¿Eso es preocupante? —pregunté.

—Está relacionada con 428. Como para demostrarlo, Clara empezó a grabar signos cabalísticos en la pizarra. Lo habría desestimado como una tontería pero... ¿y si se trataba de algún tipo de virus informático codificado, recogido y recodificado por las cámaras?. Tal vez era así cómo se estaban desencadenando los fallos del sistema. Cómo los cómplices de 428 recibían sus instrucciones.

Salí a verla.

—¡Ahí estás!. ¡Hola! —sonrió cuando emergí en la pista de aterrizaje. Extendió la mano. Impactó contra el campo eléctrico. Hizo una mueca y la volvió a quitar—. Podrías haberme dicho que estaba ahí.

—Sabías que estaba ahí, Clara —no estaba de humor—. ¿Qué es ese código que estás dibujando?.

—El Tres en Raya —dio golpecitos en la pizarra—. ¿Quieres jugar?.

—No es un... —empecé a formar en mi cabeza la frase “virus informático alienígena” pero se redujo y se escapó—. No importa.

—¿Está el Alcaide aquí? —preguntó.

—Sabes que soy yo.

—Y se supone que debes visitar a alguien la primera vez que te visitan, ¿no?.

—Has estado aquí ya tres veces —me aburría.

—Ohhhh —suspiró—. Perdona —se dirigió de nuevo a la esquina. La oí gritar y patear algo hecho de madera. Regresó—. Lo siento —dijo—. Una pequeña discusión con mi transporte —se encogió de hombros—. Finjamos que soy una viajera del tiempo.

—No más difícil que fingir que eres la Reina de Jordania.

—¿Disculpa? —se quedó perpleja y después su rostro se iluminó—. Ves, ahora, lo que estoy haciendo es fingir que soy una viajera del tiempo y que esto es en realidad mi primer encuentro contigo con el fin de engañarte para darme un segundo encuentro.

—Cuarto.

—¿Y adivina qué?. ¡Está funcionado! —aplaudió—. Estoy encantada.

—Estás exagerando —le dije.

—Sólo un poco —admitió—. En mis días malos, Katy Perry se pregunta quién le ha robado toda su cursilería.

—¿Adónde quieres llegar?. Estoy bastante ocupado.

—Y yo —dijo—, tengo que encajar tres encuentros previos contigo. Y después está mi clase de arte con el 2B. Necesito darles un proyecto. Ninguna idea, ¿verdad?.

—Carteles —sugerí—. “LIBERAD AL DOCTOR”.

—Estás bromeando. ¿Funcionaría? —preguntó esperanzada.

—Tal vez —le dije.

—Bueno, lo consideraré —dijo seriamente—. Escucha, ¿puedes hacer algo por mí?. Es el cumpleaños del Doctor. . .

—¿De verdad?.

—No, pero finjámoslo —sonrió—. Y tengo un regalo para él.

—A los presos no se les permite recibir regalos.

—Pero tiene más de dos mil años. Bastantes más. Creo. No sé cuántos cumpleaños más tendrá. Regresaré en un periquete —se fue a la esquina. La puerta de su nave espacial invisible se abrió con un crujido de madera. Regresó, llevando una tarta elaboradamente adornada—. ¡Ta Chan! —dijo, colocándola sobre una roca—. Podría ser peor. Podría haber hecho



magdalenas. Eso habría sido insoportable. Además, las tartas me parecen complicadas, así que eché todos los huevos en un bol de mezclar y acabé haciendo una gran tarta.

—Una grande, una gran tarta en absoluto sospechosa.

—Eso es.

—¿Algo oculto dentro?.

—Nu-huh —sacudió la cabeza solemnemente—. Palabra de Boy Scout. No es que fuese alguna vez una exploradora. Pero he recogido a niños de los Boy Scouts y les he oído hablar de cómo encender fuegos. Así que soy prácticamente una exploradora.

—Volviendo a la tarta —le dije—. ¿Esperas que coja este pastel y se lo presente a tu amigo?.

—Sí —dijo.

—Graciosa vela —le dije.

Ambos contemplamos la tarta.

—Ah —dijo—. Bueno, tiene, como he dicho, más de dos mil años, y eso es un completo peligro de incendio en velas, así que sólo fui a por una gran vela especial.

—Es de metal y brilla.

—Lo sé —aplaudí—. ¿No es preciosa?.

Me incliné cerca de la valla.

—Lo gracioso es que tu amigo tenía algo muy parecido cuando entró en esta prisión.

—¿De verdad? —era todo inocencia.

—También fabricó recientemente un dispositivo que podía abrir puertas. Y hacía un sonido muy similar al que está haciendo la vela.

—¿Eso hizo? —sus ojos estaban llenos de inocencia—. Es muy listo. ¿Y qué era?.

—Una cuchara.

—Uau, ¿bromeas?. ¿Una cuchara? —Clara se rió—. ¿Siempre nos divertimos así cuando vengo a verte?.

—Más o menos. A veces.

—Bueno, eso es algo. Entonces definitivamente me llevaré esto —dijo—. Sólo para comprobarlo... ¿hay alguna posibilidad de que cojas la tarta?.

—Ninguna en absoluto.

—Muy bien —suspiró Clara—. Se la daré a Danny y le diré que es porque ha sido majo. Eso le gustará.

De repente sentí... celos... de ese Danny. Me hizo un saludo burlón.

—Pues bien, mejor me voy. Nos vemos antes. Dale al Doctor todo mi cariño. Tengo mucha envidia. Parece que está pasando un rato delicioso.

El Preso 428 no estaba cooperando. La Prisión no usa ni aprueba la tortura. Los Protocolos Autorizados prohíben todo lo que parezca tortura. Incluso prescriben las Posturas Seguras de Estrés establecidas. No permitimos la tortura.

428 iba por su período de ejercicio autorizado. No me di cuenta de que cojeaba ligeramente, que se agarraba el brazo, o cómo tenía la cara. Sólo estaba mirando a la cámara por curiosidad. No había proporcionado a Bentley ni a su equipo ninguna información valiosa. No estoy realmente seguro de esperar que supiese nada más.

Le observé paseando por el recinto desnudo amurallado de la Celda de Aislamiento de Ejercicio. Es un cuadrado blanco vacío. El suelo de piedra se había molido hasta convertirse en polvo bajo los constantes paseos de sus ocupantes. 428 daba vueltas alrededor lenta y constantemente, arrastrando ligeramente la pierna izquierda.

—¿Estás contento? —dijo, al parecer a nadie.

A medida que los tranquilizantes perdían su efecto, Marianne había despertado de su sopor. Pero no había sido muy útil. Obviamente, no había visto nada. Dijo que había oído algo. Pero dijo que todo lo que había oído fueron gritos. Muchos gritos. Y entonces se puso a llorar. Así que la sedamos de nuevo. Esta vez considerablemente. Hubo algunas dudas sobre si sería una buena idea despertarla de nuevo. Su estado se había deteriorado. Sostuve su mano mientras se hundía y me la apreté con fuerza al principio y después gradualmente la fue soltando, como si se le estuviera escapando.

—Eres mi amigo —dijo débilmente, y me sentí tan vacío.

—Sabes, todo esto es una pérdida de tiempo para todos.

La voz de 428 me despertó de mi ensueño. No estaba mirando a la cámara, simplemente marcando la habitación, pensando en voz alta.

—El Alcaide sabe que no sé lo que les pasó a la gente del Nivel 6. Me encantaría ayudar. Realmente lo haría. Antes de que sea demasiado tarde. Y, si me permites salir de aquí yo... No, no importa —había amargura en su voz—. Lo que puedo decir es que hay algo muy malo en esta prisión. Oí que mencionabas fallos en los sistemas. Los he vivido. Están empeorando a cada día que pasa, ¿verdad?. Cada día que me mantienes aquí. Eso no es, por cierto, una amenaza. Sólo sé que cuanto antes me dejes salir de aquí, antes podré ayudarte a resolver esto. Y a salvar vidas. Soy muy bueno en eso.

Escandaloso. Negué con la cabeza, asqueado. Sus registros demostraban que era más bien lo contrario. Sus registros habían dicho eso. Nadie que venía aquí era inocente. Que insistiera en esta pretensión heroica era por alguna razón incluso más perturbador. Sé que Bentley le había mostrado los archivos de sus crímenes durante el interrogatorio y que sólo se había reído. Se había reído en su cara. Lo encontré escalofriante.

El Preso 428 continuó paseándose por la Celda de Ejercicio. Después se apoyó contra una pared y suspiró. Un largo suspiro de derrota. Cuando volvió a hablar su voz era más suave. —Yo no puedo salir. Ella no puede entrar. El tiempo se agota. Tengo que salvarlos —y después cerró los ojos. Me había dicho que no dormía, pero de repente 428 parecía efectivamente muy cansado.

Fue entonces cuando las paredes se desprendieron y los Guardianes emergieron de sus estaciones de acoplamiento. Eran tan silenciosos como siempre. Cuatro de ellos. Convergieron en 428, que los miró con recelo.

—Oh, así que esto es de lo que se trata, ¿no? —dijo. Comenzó a rodearlos, buscando una vía de escape. No había ninguna. Sus delgados cilindros se abrieron y emergió una antena. Una antena afilada.

Mi primer instinto fue un estremecimiento de placer. Bien, pensé. Que sufra. Es hora de pagar por todo lo que has hecho, 428. Los Guardianes acorralaron a 428. Uno se deslizó hacia él y le hizo caer hacia atrás, un corte le recorría la mejilla y la manga.

—Así que ahora lo sabemos —428 estaba sombrío, sosteniéndose el brazo, esquivando a los Guardianes. Los Guardianes acorralaron a 428. Ya no podía verlo, pero podía oírle gritar—. Ahora sabemos la clase de Alcaide que realmente eres. No eres digno de ser salvado después de todo.

Eso fue injusto. Grité en mi oficina donde nadie me oía. Esto no era lo que había estado esperando. Me puse en pie, envié una señal a la Estación de Control. Tenía que parar esto. Nadie respondía a mi señal. Nadie en absoluto. En la pantalla, los Guardianes acorralaron a 428 otra vez. Salí corriendo hacia la Estación de Control. Todo el mundo allí declaró que no sabían nada acerca de lo que estaba pasando. Una sombra agresiva. Ordené a los Guardianes de la Celda de Ejercicio que se desactivasen, pero no respondieron al circuito de mando. O los agentes de guardia me dijeron que no lo hacían.

Corrí hacia la Celda de Ejercicio. El Alcaide tiene un dispositivo de invalidación. Puedo abrir casi todas las puertas del interior de la Prisión. Esto había ido demasiado lejos. Esta prisión no permite la tortura o el castigo violento. Sabía que Bentley me estaba siguiendo. Estaba gritando. Bentley no debería gritarme. Podía escuchar gritos procedentes de la celda. Se abriría con la impresión de la palma de mi mano. Sólo que no lo hizo. La señal de alarma se disparó. Nos sorprendió un corte de energía. Bentley resplandecía de satisfacción.

—Atacan a 428 y se produce un corte de energía. Muy conveniente. Eso demuestra mi teoría.

—¿Has... has autorizado esto?. ¿Qué está pasando ahí? —exigí, gritando, lleno de furia.

Bentley miraba totalmente al frente, su voz era fría.

—No tenía ni idea, Alcaide.

—No te creo —le dije—. Abre esa puerta.

Bentley sacó una llave manual. Tardaría un tiempo. Pero todavía nos quedaban más de seis minutos. Dentro de la Celda de Ejercicio todo estaba en silencio. Esperaba ver el cuerpo maltrecho de 428. Pienso que eso era todo lo que tenía que haber encontrado. Se suponía que no he estado mirando. Las imágenes de las cámaras habrían sido misteriosamente alteradas y todo lo que habríamos tenido que seguir era el cuerpo destrozado de 428. Pero no había ningún cuerpo. Sólo cuatro Guardianes desactivados. Cuatro Guardianes muy dañados. ¿428 lo habían hecho de nuevo?. ¿Nos había engañado y había escapado?. El precinto de una estación de acoplamiento se abrió y 428 salió tambaleándose. Estaba algo desaliñado pero estaba vivo.

—Así que —sonrió—. Mala suerte. Todavía estoy vivo. No podía abrir la puerta, pero pude entrar en la estación de acoplamiento. Bonito lugar para estar, mientras esos cuatro tocaban siete campanas unos a otros

—Fue... no tenía ni idea... no tenía que pasar.

—Es evidente que el corte afectó a su programación —dijo Bentley, con frialdad—. Un accidente.

428 levantó una mano, aburrido de nosotros. Bostezó. Sólo una nueva alarma. El corte de energía se había convertido en un Inminente Fallo del Sistema.

—Bien entonces, maravilloso —gruñó 428—. ¿Otro corte de energía?. Vayamos a echar un vistazo, ¿eh?.

428 se puso de pie en la Estación de Control. Se movía rápidamente de panel a panel, agachándose con cautela abajo y alrededor de los Guardianes. Para cuando llegamos allí, el fallo de los sistemas estaba en más de un minuto.

—Imagino que en unos siete minutos las cosas empezarán a ser críticas y tendrás que eliminar varios sistemas.

Estaba impresionado de que consiguiese eso. Bentley no lo estaba.

—Lo has resuelto sospechosamente rápido.

428 asintió.

—Lo hice, ¿no?.

Estaba claro que no le importaba lo que ella pensase. Podía sentir la tensión entre los dos. En un mundo ideal tendría que devolverlo al régimen de aislamiento ahora mismo y tener a Bentley bajo estrecha supervisión a la espera de una investigación. Pero no había tiempo. Esta vez estábamos totalmente bloqueados. 428 retrocedió. Evidentemente había completado su inspección de la Estación de Control.

—Bentley tenía razón, por una vez —dijo—. Nada está respondiendo. Me pregunto si hay una manera de retrasar las cosas, de ganar un poco más de tiempo.

—Sólo si eyectamos el Nivel 7 —le dije.

—¿Qué es el Nivel 7?.

—No me gusta hablar de ello —admití. Era consciente de que Bentley me miraba. Sabía que dijera lo que dijera ahora, sería sacado a colación más tarde. Nunca podía decir lo correcto delante de ella.

—Es evidente que no quieres hablar de ello, Alcaide. Pero tienes un montón de problemas.

—El Nivel 7 es una unidad independiente de la prisión. Es una gran caja de almacenamiento.

—Ya veo. ¿Y qué hace aquí?.

—Almacenamiento

—¿De qué?.

Me sentí incómodo.

—Mi trabajo... mi trabajo es el funcionamiento seguro de la Prisión. En su mayor parte, el Nivel 7 está fuera de mi jurisdicción.

—Pero, ¿sabes lo que es?.

—Está fuera de mis competencias.

—Lo sabes —428 daba golpecitos a sus dientes con los dedos—, después de la Segunda Guerra Mundial los aldeanos cerca de Dachau afirmaron no saber nada sobre el campo de exterminio a sus puertas. Ni idea. Inocencia absoluta. Sus ojos estaban desorbitados. Un general estadounidense no podía creerlo. Y sin embargo casi lo hizo. El pueblo estaba tan cerca del campo de exterminio, pero parecía tan absolutamente normal, tan tranquilo, tan inocente. Hasta que se dio cuenta de que nadie en el pueblo colgaba a secar fuera su colada. Por el olor.

—¿Qué estás diciendo?.

—El Nivel 7 apesta. Y sabes que lo hace.

—No es mi responsabilidad.

428 hizo un sonido de disgusto.

—Y sólo estabas obedeciendo Protocolos —me miró.

—Enviaré una señal al comandante del Nivel 7. Lo llamamos el Oráculo.

Llamé al Oráculo desde mi tablilla. Miraba a la pantalla, con sus gordos ojos llenos de alegría, agitando los dedos en su entusiasmo al verme.

—¡Ah!. Eres tú, Alcaide, sabía que lo serías. ¿Y quién puede ser...?.

¡Sí, por supuesto, este es el preso!. ¡4! .¡2!. ¡8!. ¡Qué maravilloso!. Me gustaría poder decir inesperado, pero sabía que iba a ser así, lo sabía, sí debo, conformarse con maravilloso.

Por una vez 428 se había quedado sin palabras. Me miró.

—¿Cuál es su problema?.

El Oráculo aún estaba en “Estoy encantado de verte, 428. ¿En que puedo ayudarte?”. Dió golpecitos con los dedos en la pantalla, un repiqueteo de gotas aceitosas. 428 parecía a punto de hacer un montón de preguntas. Le atajé. 428 era muchas cosas, entre ellas era un inútil en diplomacia. El Oráculo requiere un cuidadoso manejo. De lo contrario, bueno, se rumoreaba que su carga sufría.

—Oráculo —dije—. La última pérdida de energía es crítica. La estación está alcanzando, eh, un fallo en cascada. Vamos a eyectarte para que puedas lanzar una sonda. Así... tu carga podría tener alguna oportunidad.

El Oráculo sonrió y se frotó los dedos lentamente cruzándolos entre sí.

—Oh, sí, sí, voy a decírselo a los niños. ¡Estarán encantados!. ¡Un viaje!. A todo el mundo le gusta una excursión —frunció el ceño, y sus ojos porcinos se entrecerraron hasta que fueron pequeños destellos de carbón—. Pero el tiempo será malo. Lo sé, por desgracia —movió un dedo en gesto de desaprobación—. Estoy viendo un montón de malva.

—¿Niños? —murmuró 428 ominosamente.

Asentí.

—¿Mantienes a los niños en la prisión?.

El Oráculo levantó la vista bruscamente.

—Te dije que no estaría contento. Y no me quiere todavía. ¡Un hombre de buen gusto y refinamiento!. Ja, ja —se apoyó contra la tablilla, llenando la pantalla con su sonrisa y sus manos—. Sí, Preso 428. Mi pequeño cajón se estampó con las vigas de las familias de los disidentes. Gente de HomeWorld que quizás han caído un poco en desgracia... pero no lo suficiente como para ser enviado aquí. La clase de gente encantadora y leal que serán más encantadores y leales sabiendo que sus hijos son rehenes. Mi carga es más, más preciada... y, como dije, les encantará ir de excursión —aplaudió y se rió.

Fue una exposición repelente y no fue desperdiciado en 428.

—La eyección del Nivel 7 es una gran idea. Sacarlos de aquí —dijo. Se volvió hacia mí—. Esto no ha terminado.

Noté que 428 se comportaba como si estuviese al mando de nuevo. No me importó. Casi dije “Haced lo que dice”, pero sabía que Bentley se opondría. En su lugar, pedí el plano y yo mismo activé el procedimiento de eyección. Los Guardianes se estremecieron. Bentley asintió con un

gruñido y se apresuró a entrar en acción. El Nivel 7 fue lanzado. El rostro del Oráculo apareció en la pantalla.

—Oh vaya. Qué magnolia. ¿No te dije que haría mal tiempo?. No nos estamos moviendo.

Bentley escaneó el panel de visualización.

—No queda suficiente energía en el sistema para accionar la eyección automática.

—Pero... —el Oráculo sonrió—. Tengo motores. ¿No puedo encender mi pequeño y calentito “Unidad Baxter”? Puso énfasis en el nombre y realmente deseé que no lo hubiera hecho.

—No con las abrazaderas enganchadas —le dije—. Partirías el Nivel 7 por la mitad.

—Ah, eso no lo había previsto —el Oráculo se pasó los dedos por la nariz—. Pero sé que se te ocurrirá algo más inteligente. Incluso una idea mejor. Justo en el último momento —se echó hacia atrás en su silla y sonrió. Esperando.

—Ya se me ha ocurrido algo —428 estaba corriendo hacia la puerta—. Voy a liberar las abrazaderas manualmente.

Un Guardián le bloqueó la salida.

—Aparta esta cosa de mi camino —espetó 428.

—Es un preso, señor —Bentley se movía con rapidez, su voz suave casi se perdía en el constante estruendo de las alarmas. Lo estaba haciendo fácil para mí. No hacer nada. Obedecer los Protocolos. Déjalo marchar. Lo intentamos. No funcionó. No importa. Todos nos hundiremos juntos. Nadie nos puede culpar. Esta vez ni siquiera hizo falta que 428 se diese la vuelta completamente antes de que hablase.

—Guardian, retírate. El Preso 428 está ocupado con una Tarea Obligatoria Autorizada por el Alcaide —el Guardian vaciló. Yo no estaba acostumbrado a esto—. Repito, tiene autorización del Alcaide. Dejadle pasar. No, de hecho, id con él, ayudadle.

El Guardian lo procesó y se hizo a un lado, sacando algunas antenas que se suponía eran, estoy seguro, de gran utilidad pero que se veían bastante formidables.

—Ah, espléndido —428 les miró con cautela—. Prefiero ir solo, si no te importa.



Podría haber vuelto a mi oficina para observar, pero me quedé en la Estación de Control, mirando la gran pantalla junto a todos los demás. Podíamos rastrear la carrera de 428 de cámara en cámara, a toda velocidad por la Prisión. Alguien había colocado una superposición para mostrar el tiempo que había transcurrido. Mientras corría, 428 estaba gritando. Claramente tenía una excelente capacidad pulmonar o solía dar órdenes mientras corría a gran velocidad.

—Esto no es una orden. Sé que no te gustan. Así que esto es una petición. Voy a hacer lo que pueda para liberar el Nivel 7. Me gustaría que considerases. . . sólo considera, si no te importa. . . poner tantos presos como puedas en el Nivel 7 antes de que salga. Nos estamos convirtiendo en una balsa salvavidas. Creo, ¿tu no?, que no importa lo que la gente haya hecho, merecen una oportunidad. Pero es sólo una sugerencia. Apenas más de una insinuación.

Detuvo su carrera en tropel, agachándose en un taller donde cogió algo de aire, una llave inglesa y un soplete.

—Necesito esto —dijo, sin siquiera volverse hacia la cámara mientras revolvió cajones, llenándose de cosas los bolsillos—. ¿Puedes liberar el código de seguridad de cualquier objeto que saco del taller?. No queremos que el sistema active un montón de alarmas y me mantenga dando vueltas esperando como una abuelita ratera, ¿verdad? —se dio la vuelta y su sonrisa era todo encanto.

Bentley me miró. Asentí. Las barreras de seguridad de la puerta del taller se desactivaron.

—Expléndido —dijo 428, cogiendo un carro—. En ese caso, siempre he querido ganar una sorteo de supermercado —y salió, corriendo apresuradamente con un carro antigravitatorio repleto de herramientas golpeando las escaleras.

Lo hizo en un minuto y medio. Otras cámaras mostraron a los Guardias de Bentley conduciendo Presos al Nivel 7. Me esperaba más de una discusión (a algo de volumen) sobre esto.

—Creo que es lo que hay que hacer —había dicho.

—¿Esa es su orden, Alcaide? —había preguntado Bentley. Traté de averiguar su tono, pero era plano. Cuidadosamente plano.

Asentí.

—Y tantos Guardias, por supuesto, como deseen marcharse.

Bentley había tosido.

—Creo que hablo por todos cuando afirmo que preferimos quedarnos. Para intentar resolver esta situación y para atender a los presos que no pueden subir a bordo del Nivel 7.

—Es muy noble de su parte —le dije a Bentley—. Pero, obviamente, si algún Guardia siente que... Bueno, está abierto a todos.

Hubo asentimientos, pero nadie me miró. Creo que todos estaban decidiendo si querían vivir o morir. Y eso siempre debe ser una decisión personal.

Una cámara finalmente encontró al Preso 428. Su figura enjuta estaba metida en un elevador de servicio (me horrorizaba el pensar cómo se había metido allí), enredado alrededor de varias tuberías. Alcanzó cuatro montículos en el suelo del conducto, divididas en varios respiraderos y rejillas.

—Si he memorizado bien tu plano, aquí es donde están las abrazaderas. Me pregunto qué eran estas bellezas —golpeó cuatro objetos, que, ahora que las miraba, se parecían extraordinariamente a las abrazaderas—. Y sí, la energía se ha cortado. Aún así, no es un problema —blandió una palanca—. Arquímedes me dijo una vez que si le daba una palanca lo suficientemente grande, podía mover el mundo —tiró la palanca sobre el hombro—. Lamentablemente, esta vez no va a funcionar.

Se hundió en el suelo, contemplando las abrazaderas como un maestro de ajedrez, después sacó el soplete.

—Tengo que suavizar el metal un poco y esto debería ser bastante eficaz.

Se puso a trabajar, juguetonas llamas del soplete salían más altas sobre el metal. Me di cuenta de que estaba bastante caliente, cuando el revestimiento que rodeaba varias tuberías comenzó a arder, llenando la pantalla de humo. 428 trabajaba en silencio, aparte de alguna tos ocasional. Después se levantó y cogió la palanca.

—Algo así como hacer una crema catalana. Charla de cocina con Clara, ¿eh?, la próxima vez que la veas.

Me estaba hablando a mí.

—Es sólo que... —comenzó a usar su palanca debajo de una de las abrazaderas, y, fiel a su palabra, empezó a darle vueltas como el algodón de azúcar—, me temo más bien que la conversación que tengas con ella será un poco más sombría, ooh, allá vamos. Esa es una —fue hacia la siguiente abrazadera—. Dile a tu misterioso Oráculo que se comporte y tenga listo la Unidad Baxter. Por cierto, estoy de pie encima de ella. Para eso son todas las rejas. En caso de que tuvieses curiosidad. Te aseguro que yo tengo mucha curiosidad acerca de ellas. Básicamente estoy de pie encima de una olla a presión radiactiva gigante. Aja, ya han caído dos —428 se echó hacia atrás, tambaleándose un poco—. El dios griego Vulcano hizo toda su mejor forja en el fondo de un volcán. Te lo digo ya, Seguridad e Higiene en el Trabajo se le echarían encima con todo. Sí... ya me estoy tostando un poco —la imagen estaba empapada ligeramente y el humo llenaba todo el conducto.

428 comenzó con la tercera abrazadera.

—Te puedo decir que ha puesto en marcha la Unidad. Espero que tu Oráculo sea una ricura y no lo encienda del todo hasta que haya terminado. Realmente sería terrible ser cocido para nada.

Al oír esto, Bentley comenzó una frenética conversación. Pude ver que la puerta de acceso al Nivel 7 se estaba cerrando ahora. También pude ver que los niveles de energía por toda la prisión se estaban hundiendo peligrosamente. El aire era cada vez más sofocante. La garganta me picaba. Estaba empezando a sentir compasión por la terrible situación de 428.

—La cosa es —dijo 428—, que puedes ver que no es muy probable que salga de aquí con vida. Lo has calculado. Soy un hombre listo. Así que puedo... ah, deja que el soplete arda, que no está ayudando, pero no se puede hacer mucho ahora... no importa, no cuando 20 segundos después de que esta abrazadera se libere, todo este corredor se inundará con los gases de escape de la Unidad Baxter. Y, a los 20.000001 segundos no quedará nada de mí. Ni siquiera la comida de la prisión sobreviviría a eso. Así que allá vamos.

Sabía lo que estaba haciendo. Iba a sacrificarse para salvar a todos los que estaban a bordo del Nivel 7. Para compensar, no, para de alguna manera compensar, a todos aquellos que había matado. La abrazadera tres pereció. Cuando lo hizo comenzó a sonar una nueva alarma.

—Umm, la alarma de incendio, qué irónico —se rió entre dientes 428—. De todos modos, considera esto mi última petición. De verdad, piensa seriamente para quién estás trabajando. No importa si lo intentas y lo haces bien. ¿Lo están haciendo ellos bien? —la última abrazadera se rindió, y 428 se dejó caer en el suelo, exhausto, ahogándose.

—Está libre. No queda mucho tiempo. Dile al Oráculo que se marche.

Bentley lo hizo. Podía sentir como vibraba la estación cuando la Unidad Baxter se activaba. Normalmente nuestros anti-gravs lo habrían compensado ligeramente, pero claramente habían renunciado. 428 se sentó en el suelo, respirando entrecortadamente. Me saludó. Sólo lo podía ver a través de los gases que obstruían el conducto.

—De todos modos —su voz exhausta temblaba—, creo que puedes considerar esta mi última fuga, Alcaide.

—Sí —sonreí—. Gracias, Doctor.

Asintió. La pantalla se llenó de humo y llamas. Las alarmas vociferaban y aullaban. El asteroide dio un nuevo brinco cuando el Nivel 7 se alejó de nosotros explosivamente. Hubo una pequeña explosión seguida por una más grande. Todo el mundo estaba observando como el Nivel 7 se alejaba de la estación en los monitores. Bueno, todos menos yo. Seguía mirando la cara serena de 428, justo hasta que la cámara estalló en rojo y luego se volvió negro.

Entonces, pálido, pero con nada mejor que hacer, vi lo que todo el mundo estaba mirando. Al Nivel 7 propulsándose fuera de la Prisión. Sólo tenía una Unidad Baxter, probablemente insuficiente para llegar hasta una colonia, o incluso hasta una distancia de rescate de una colonia, pero al menos todos tendrían una oportunidad.

Lo que era más de lo que se podía decir de nosotros. Después de algunos vítores, pude sentir que la euforia inicial se desvanecía. Fallo de los sistemas. Todos nos dimos cuenta de que éramos los abandonados, atrapados en una roca deteriorada y agonizante.

“Si sólo”, pensé, “sí sólo 428 hubiera estado vivo, cualquiera que fuese la clase de hombre que había sido, habría sabido qué hacer”.

Todos vimos al Nivel 7 girar y aumentar de velocidad, viajando más allá del anillo de comunicaciones TransNet, más allá del soporte de gravedad artificial y hacia la Matriz de Defensa, construida para mantener

fuera a los intrusos. Fue una despedida simbólica. Cuando el Nivel 7 pasó lentamente por delante de ella, realmente se hundió la casa para mí al ser consciente de que nos estaban dejando atrás.

Iba a morir en esta roca. Pero al menos lo habíamos hecho. Les habíamos dado una oportunidad.

Fue entonces cuando la Matriz de Defensa se encendió y redujo el Nivel 7 a polvo.



# Capítulo Nueve

Como el pasillo detrás de nosotros se quemaba, corriamos por nuestras vidas. O más bien, Clara y yo corríamos, y el Doctor estaba cojeando.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara.

El doctor parecía estar maldiciendo por lo bajo.

—Nada —murmuró, haciendo una mueca cuando puso su peso sobre el pie.

—No se parece a nada. ¿Te dispararon en la pierna o algo así?.

El Doctor negó con la cabeza, avergonzado.

—Nada. Continuen, sigan andando.

Se tambaleó dando una especie de salto cojera.

—Entonces, ¿qué pasó con tu pie?.

—Yo, eh... —el Doctor me miró pidiendo ayuda.

—Él estaba salvando mi vida.

—¿Cómo?.

El Doctor murmuró de nuevo. Los ojos de Clara se estrecharon.

—¿Acabas de decir que aplastaste tu dedo del pie?.

El Doctor asintió y le susurró algo más.

—Creo que me lo he roto.

—Tu dedo?.

—Está roto, sí.

—Eso es un poco cutre, ¿no?.

—¡No! —una pausa—. Es el dedo gordo del pie.

—¿No puedes, ya sabes... hacer eso?.

El Doctor la miró, un búho enojado reduciendo a cero en una arpía.

—¿Estás sugiriendo que me regenere simplemente porque me he golpeado el dedo del pie?.

—¿No puedes?.

—Bueno, podría, pero me parece un poco como la pérdida de una vida.

—¿No puedes hacerlo solo con el dedo?.

—La regeneración es un milagro preciado de la fisonomía de los Señores del Tiempo y tu dices que la gaste para regenerar mi dedo?.

—Era sólo una sugerencia.

—Bueno, no. ¡No puedo!. Ya que preguntas.

—Eso es como una limitación.

—Te diré algo, les escribiré una carta.

—Hazlo.

Siguieron de esta manera, discutiendo con cariño mientras corrían.

—¿Es este el tipo de cosas que va a suceder más a menudo ahora que eres...?.

—No lo digas —espetó el Doctor—. No, en realidad, sigue. ¿Ahora que soy qué?.

—Distinto. En el sentido de mas viejo.

—No. Espero que no. Y de todos modos, estoy solo en mis primeros miles. Eso no es nada.

—Es sólo que podíamos vernos consiguiendote uno de esos segways o algo así. Mi abuela tiene uno.

—¡No!.

—Ella lo jura. Puedes poner las compras en él.

—¡No! —el Doctor siguió cojeando—. Y de todos modos. Ya tengo un carrito en alguna parte. Doblamos una esquina. Yo estaba completamente sin aliento, Clara estaba sonriendo, y el Doctor parecía estar insistiendo en su inusual manera de andar tambaleante.

—No lo sé —anunció Clara—. La última vez que te vi, eras el valiente salvador de los mundos. Ahora tienes una cuchara mágica y un dedo del pie chungo. De vuelta a casa, estarías dando vueltas alrededor de los contenedores de los supermercados.

El Doctor me miró buscando consuelo.

—Esto!. Esto es lo que tengo que aguantar. Honestamente, la prisión ha sido, en cierto modo, un encantador descanso.



Todo el suelo se estremeció e inclinó. Todos nos deslizamos y caímos.

–¿Qué está pasando? –dijo Clara cuando el cuerpo del Doctor se sacudió repentinamente. –Doctor, ¿estás bien? –grité, aferrándome a un puntal de apoyo mientras el mundo giraba a mi alrededor.

–Bueno, no sé –murmuró el Doctor–. Tal vez la matriz de Defensa golpeó a uno de los puntales de ayuda, o podría ser la gravedad artificial fallando.

El suelo dio otro crujido y luego se torció hacia los lados. El Doctor se revolvió de nuevo a sus pies y comenzó a cojear rápidamente.

–¿Qué estás haciendo?.

–Tenemos que estar en un espacio pequeño, mientras los sistemas se estabilizan. Como una habitación muy pequeña. Por suerte, esto es una prisión. No hay una escasez de habitaciones minúsculas. ¡Vamos!.

Lo seguimos. Tres era una multitud en una celda.

–¿Comoda? –sugirió el Doctor.

–Acogedor– reflexionó Clara.

El Doctor se dejó caer en la cama, estirándose para llenarla. Lo que nos dejaba aplastados junto a la puerta. Brazos detrás de la cabeza, mirando al techo, el Doctor parecía estar ignorándonos.

–"Celdas que he conocido". Así lo llamaría. O "Mi vida detrás de las barras". Pero definitivamente voy a encontrar tiempo para escribir algún tipo de guía a las distintas prisiones en las que he estado uno de estos días. Les daría estrellas. Me encantan las estrellas. ¿No les encantan las estrellas?.

–Me encantan –asintió Clara.

–Categorías. Esa es otra cosa. Localización. Ambiente. Facilidad de escape –hizo una pausa–. Sensación de desesperanza. Los gritos de otros prisioneros. La inventiva de las torturas.<sup>o</sup>

Se sentó, tratando el peso en su pie, e hizo una mueca.

–La cosa es, ¿cuál es la cuestión?. Una celda de prisión es sólo una mínima expresión. La cantidad más pequeña de espacio que se necesita para que la vida continúe. Un encierro, pero también el conocimiento de todo lo que te pierdes. ¿No estás de acuerdo, señor? –se quedó mirando directamente hacia mí.

—Sí —le dije, mi boca repentinamente seca. Había tantas otras cosas que podríamos estar haciendo ahora, pero por alguna razón, esto se sentía muy importante—. ¿Te estás quejando?. He intentado lo mejor aquí. Para ser humano. Dentro de los protocolos.

Realmente lo hice. Quiero decir, si ignorabas las pequeñas excepciones. Las personas a las que disfrutaba castigar. Por lo que habían hecho.

—Sabes que?. Ya no me importa —el Doctor bostezó—. Puedes justificarte tanto como quieras. Aburrido. No es por eso que estoy aquí.

—¿Puedo recordarte, Doctor, que estás aquí porque has cometido crímenes terribles?.

—¿Lo hice?.

—Oh, por favor. Todos son inocentes.

—Ah, sí —el Doctor dio una palmada y el ruido fue agudo y ruidoso—. ¿Pero realmente lo soy?. ¿Que si me hubieran cogido y pegado?.

—No, no hagas eso —susurró Clara, avergonzada.

—Pero puedo —el Doctor sonrió—. Soy un tío viejo. Un criminal vicioso. Al parecer. A menos, claro, que sea totalmente inocente. Y acabas de decirme que soy un criminal.

No me acuerdo de haber cruzado la habitación. Realmente no puedo. Pero ahí estaba. De repente, gritando en su cara. Todo el cuidadoso entrenamiento, las instrucciones para ocultar tanto de sí mismo como sea posible, todo eso. Se fue.

—No me importa, Doctor. Realmente no. ¿Quieres mentirme a ti mismo para pasar el día?. Bien. Pero no te molestes conmigo. Sé lo que realmente has hecho. Por qué te enviaron aquí. Y vas a pagar por eso algún día, me aseguraré de ello. Lo sé, nadie es del todo bueno. O del todo malo. Has hecho un gran bien aquí, pero yo sé lo que hiciste antes. Y es por eso que nunca vas a salir de este lugar. Me aseguraré de ello. Esta prisión puede desmoronarse y tu nunca la dejaras. Hasta que no quede nada. Te quedarás aquí. Y yo voy a estar aquí con ustedes.

—¿Por Qué? —preguntó el Doctor—. ¿Qué he hecho?.

—No te molestes —le espeté.

Clara se interponía entre nosotros. La incertidumbre en su cara me dijo todo lo que necesitaba saber. Ella no acababa de creer en su inocencia tampoco. Su mejor amigo. Su campeón. Y ella estaba preocupada.

El Doctor se dio la vuelta, despidiendonos a los dos.

—No importa —espetó—. Clara, ¿trajiste los papeles contigo?. Oh, ya sé, es contrabando. Atrapala, ella es toda una criminal. Pero es importante.

Clara buscó en su chaqueta y sacó una cartera de plástico con impresiones del noticiero TransNet.

—No te dan muchas noticias aquí, ¿verdad? —preguntó ella con suavidad.

—En realidad no. No tenemos el ancho de banda. Y, a esta distancia, parece trivial. Las disputas y tristezas de la gente que nunca volvere a ver.

—Bueno, deberías leer esto.

Hojee la carpeta. Los titulares hicieron que mi corazón parpadeara, sólo un poco. El Gobierno de HomeWorld estaba en problemas. El nuevo presidente era cada vez más impopular. Hubo protestas y disturbios. Que bien, pensé. Traté de no regodearme. Pero QUE BIEN.

—Ah, bueno, ¿qué importa?. Van a encontrar a alguien más para gobernarlos. Alguien aún peor.

El Doctor me estaba mirando de nuevo, midiendo mi reacción.

—¿De verdad?. ¿Quien? —preguntó.

—Alguien débil. Alguien que sale y toma la decisión equivocada. Quién hace algo imperdonable. Alguien humano.

Un silencio se apoderó de nosotros. Clara me miraba también.

—No importa, en realidad no —dijo.

Más silencio incómodo.

—¿Seguro? —dijo el Doctor.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que, cualquiera que sean mis defectos como Alcaide de la prisión, era un presidente de HomeWorld aún peor.



# Capítulo Once

Los pasillos estaban a oscuras. La prisión era espeluznante. Atravesarlo era inseguro. Realmente ya no sabía qué pensar sobre nada, la verdad. Casi ni confiaba en el suelo bajo mis pies. Lo que, si se piensa, era lo suficientemente justo. Realmente todo era artificial, era sólo el suelo porque la gravedad artificial me decía que pensase de esa manera. No podía estar seguro de que siguiese siendo el suelo de un paso al siguiente. Mientras subíamos las escaleras, el Doctor hacía una mueca a cada paso. Los contó en voz alta mientras se arrastraba.

—Interesante —gruñó, pero no dio más detalles.

Pasamos los cuerpos de los Guardias. Claramente había habido una gran batalla entre ellos y los Guardianes.

—No hay prisioneros —dije. No habíamos visto ningún interno ni entre los caídos ni en sus celdas. Supuse que habría, de alguna manera. No era demasiado descabellado pensar que se hubieran unido a los Guardias en contra de los Guardianes.

—De hecho, ¿dónde están los Guardianes? —pregunté.

Nos quedamos de pie en un pasillo. Encima de nosotros la escalera ascendía en espiral. Todos los pasillos por encima de nosotros estaban vacíos. Normalmente podías ver Guardianes deslizándose de celda en celda o acoplados en las paredes. Pero no había nada. El Doctor parecía contento.

—Estoy totalmente a favor de una ausencia de robots asesinos.

—Um —dijo Clara—. Sólo... bueno, ¿a dónde han ido?.

La cara del Doctor cayó.

—Buena pregunta. ¿Dónde?.

Los llevé a la Estación de Control. El lugar había sido limpiado. Al principio parecía sabotaje, pero después se hizo evidente que había sido sistemáticamente vaciado. Unas pantallas colgaban blancas. Teclados vacíos colgaban de los escritorios, la mayoría de los ordenadores tras ellos habían desaparecido o estaban destrozados.

Fui a mi oficina. Estaba vacía. Mis registros habían desaparecido. Mi terminal había desaparecido. Incluso el rosal que el Doctor me había dado estaba roto, una maraña de capullos cortados estaba tirado entre tierra derramada y cerámica rota. El Doctor recogió una flor suelta, deshojando sus pétalos con tristeza.

—Alguien ha limpiado este lugar a fondo.

—¿Humano o robot?.

—Un poco de la Columna A, un poco de la Columna B —reflexionó el Doctor.

Encontramos a Bentley encerrada en la habitación del TransNet. Era poco más que un armario, de hecho. Una vez nos dimos cuenta de lo débil que era la conexión, le dimos su propio espacio. La gente que había crecido acostumbrados a tener el TransNet por todas partes ahora aceptaban tenerlo en una sola habitación. Una sola habitación con una puerta sólida. Era una trinchera. Sonaron disparos desde la ventana, y nos tiramos al suelo.

—Vete —gritó la voz—. El TransNet es mío ahora.

Bentley siempre me había parecido difícil de tratar. De hecho, esa frase puede ser más corta. Bentley siempre me había parecido difícil. No importaba lo que hiciese, no importaba lo rigurosamente que siguiese el procedimiento, siempre tenía la sensación de que era un impostor, que no merecía el nombramiento.

Ella tenía un punto razonable. Yo no. Claro que, por otra parte, cuando era presidente de HomeWorld, no me sentía menos farsante. En cualquier momento, estaba seguro de que uno de mis ministros me desenmascararía como un tonto que no sabía lo que estaba haciendo. Por otra parte, resultó que todos estaban conspirando contra mí. Lo cual era por una parte tranquilizador y por otra inútil.

Todos los días, Bentley hacía lo que podía para recordarme discretamente que era igual que los presos a mi cargo. Por eso nunca me miraba

a los ojos. Sabía que esa era la verdadera razón por la que el TransNet no funcionaba en mi terminal. ¿Por qué los Guardianes vacilaban de vez en cuando, muy poco, antes de obedecer mis órdenes?. ¿Por qué los Guardias rara vez me saludaban?.

Bentley no quería que me sintiera seguro. Se suponía que ella debía ser el Alcaide, pero yo se lo había robado, aunque ella dirigiese el lugar. Nunca me lo había perdonado. Quería que recordase, en cada momento del día, que esta prisión era mi castigo, mi humillación. Y que lo estaba disfrutando.

A decir verdad, en los primeros días, realmente no la necesité para que me recordase mi desesperación. Y después, mientras el tiempo pasaba, me sentía más seguro. Estaba casi en paz con mi exilio.

Es cierto que mis antiguos amigos no podían perdonarme. Me veían como un traidor. Tampoco podían mirarme apenas. Y, por supuesto, estaba Marianne. Marianne, que al principio se tomó la prisión estoicamente. Y luego se quebró. Había pedido verme. Recuerdo a Bentley acompañándola, con una ceja levantada como diciendo, “Oh, esto va a ser bueno”. Mi antigua asesora especial estaba delante de mí, temblando, diciéndome que no podía soportar estar metida aquí por más tiempo, que tenía que ser puesta en libertad.

Intenté ser tranquilizador. Lo intenté todo. Pero no quiso escuchar razones. Sólo me gritó hasta que Bentley la saco suavemente, hablando con ella para calmar sus ánimos. Pensé que iba a estar bien, pero después llegó su horrible y espantoso intento de fuga.

Después de eso, bien. . . lo único bueno que salió de eso fue que nadie trató de escapar de nuevo. No hasta la llegada del Doctor.

El Doctor estaba hablando ahora con Bentley. Estaba hablando con una voz medida y razonable.

—Bentley, escúchame. Soy 428. Sólo queremos charlar —se acercó a ella, exagerando ligeramente su cojera, haciéndolo parecer un poco patético.

—428, te dirigirás a mi como “Señor”.

—¿Estás segura de que no prefieres “Señora”, señora?.

—“Señor”. A menos que quieras ser fusilado.

Un pequeño suspiro.

—Bueno, está bien, señor. Por supuesto —sus manos estaban extendidas, apaciguadoras—. Tú tienes el arma, señor. Tengo un enorme respeto por las armas y las personas que las llevan. Siempre la tengo —en ese momento le hizo un guiño a Clara y murmuró hacia ella—. Clara, voy a necesitar de ti el 3B íntegro dentro de un momento.

“¿Qué estará tramando?”, pensé.

—Escucha, señor, tú y yo sabemos cómo va a ser esto. Tienes la pistola. Tienes la puerta atrincherada. Tienes el control del TransNet. Tienes todo el poder. ¿Y nosotros?. Bueno, ¿qué somos?. Un preso, un fracaso político, y una chica con un vestido de té.

—¡Hola! —saludó Clara.

La cara de Bentley apareció por la ventana de la puerta. Se quedó mirando a Clara.

—¡Ella!. ¿De dónde viene? —Bentley sonaba más asustada que otra cosa.

—Oh. . . —dijo Clara—. Del exterior. Estoy técnicamente en prisión preventiva. ¿Correcto?.

Asentí.

—Dañó una propiedad de la prisión.

—Ha traído mentiras con ella —le espetó Bentley.

—Um, no —dijo Clara. Por un momento, parecía un poco enojada. Entonces su dulce sonrisa volvió. Dio un paso adelante, acercándose, quitando de en medio al Doctor. Me di cuenta de que no le tenía ningún miedo a la pistola con la que Bentley la estaba apuntando—. Sólo para comprobarlo. . . tu estás al cargo aquí, ¿verdad?.

—Sí.

—No creo que el Alcaide pueda estarlo. Quiero decir. . . no realmente. Bueno, mírale.

Fruncí el ceño, sintiéndome un poco traicionado.

—No, nunca ha estado al cargo —gruñó Bentley—. Me dijeron que lo estaba, pero era fácil eludirle. Para tomar el mando. Él es débil —Bentley escupió las palabras.

—Oh, sí, sí, lo es —asintió Clara, con dulzura. Estaba extrañamente cerca de la puerta—. Soy profesora, ¿sabes? —estaba siendo ligeramente coloquial—. Mi clase está repleta de chicos como él. Y lo hacen bien. . .



supongo. No maravillosamente bien, pero tampoco terriblemente. Se las arreglan con el mínimo de preparación. Aprueban justo por los pelos.

—Ellos hacen las lecturas, pero no entienden —fue la sorprendente contribución de Bentley—. Tenía una amiga, Gillian —me di cuenta de que estaba hablando de Donaldson. Qué horror. Sabía su nombre de pila, pero nunca lo usé—. Antes de ser un Guardia aquí era maestra. Dijo que los niños de clase eran justo así.

—Oh, sí —Clara asintió con entusiasmo—. El Doctor es igual que los chicos del 3B, ¿sabes?.

El Doctor asintió con seriedad.

—Así que, vamos —continuó Clara—. Solas tú y yo... dime lo que realmente está pasando aquí. Quiero decir, ellos nunca lo hubieran descubierto ni en un millón de años. Simplemente no lo entienden.

—Ah... —Bentley no era tan estúpida—. ¿Por qué debería decírtelo? —se burló—. Trabajas para el Doctor. Eres su cómplice.

Clara se llevó las manos a las caderas y se echó a reír. Era una risa realmente encantadora. Cuando la gente dice “su cara se iluminó” es difícil saber lo que quieren decir hasta que uno realmente lo ve. De repente deseé que Helen y yo hubiésemos tenido una hija. Habría sido como Clara.

—¿Que trabajo para el Doctor? —entornó los ojos y sonrió con sus labios de color rubí—. Oh, por favor. Él trabaja para mí. Es mi testaferro. Vamos, si de verdad estuviese al cargo, ¿crees que habría sido lo suficientemente estúpido como para dejar que lo encerrasen?.

El Doctor hizo un ruido.

—Hace un montón de ruido y alboroto. Y yo sigo tranquilamente dirigiéndolo todo.

—Sé cómo te sientes —admitió Bentley. Había abierto la puerta, poniéndose de pie detrás de su barricada de mesas y sillas, enfrentándose a Clara. Todavía estaba apuntando con la pistola. Directamente a Clara. Si hubiera disparado, habría hecho papilla a Clara. Pero a Clara no le importó.

—Entonces —Clara era puro interés—. Sé que tú no vas a confiar en mí. Eres demasiado inteligente para eso. Pero apuesto a que ahora estás a punto de darte cuenta de que has sido... digamos... un poco traicionada por HomeWorld. ¿Tengo razón?. Fuiste lo suficientemente inteligente

como para descubrir finalmente lo que estaba pasando con los fallos del sistema y lo admitieron, y permitieron que esperases que, cuando la Prisión se apagase, todos los Guardias serían rescatados. En cambio, los Guardianes se volvieron contra todos vosotros. Y te encontraste con que nadie en casa está respondiendo a tus alertas en el TransNet. ¿Correcto?.

Bentley la miró durante largo rato.

—¡Correcto!. Estamos desconectados.

—Justo ahora que la moneda está cayendo, ¿verdad? —Clara frunció la cara en una convincente compasión.

—Ellos no quieren que haya supervivientes. Ningún testigo —susurró Bentley sardonicamente—. No existe otra salida. La única posibilidad era... era el Nivel 7.

Clara asintió.

—No te preocupes por eso. Los rescaté.

—Estás mintiendo —siseó Bentley.

—Bueno, ¿por qué habría de hacerlo? —exclamo Clara. Su paciencia se estaba agotando—. ¿No se paró nadie a pensar en los niños?. He tenido que compartir mi nave con ese espeluznante... oh, ¿cuál era su nombre... el Oráculo?. Siguió tratando de adivinar mi fortuna y asegurando a todos que sabía lo que iba a suceder. Mientras lloraba de alivio. De todos modos, te dice hola, por cierto. Y... —la frente de Clara oscureció—, que sabías que sería atacado.

—No pude evitar que pasase —dijo Bentley—. No tenía ni idea —las declaraciones eran contradictorias. Me preguntaba lo equivocado que había estado al confiar en ella en todo momento. Había estado trabajando contra mí todo el tiempo.

—Estoy segura de que lo hiciste lo mejor que pudiste —dijo Clara, lanzándome una mirada de advertencia. Estaba a punto de decir cómo Bentley había hacinado a la gente en esa nave y los había enviado fuera, creyendo que todos iban a morir. Pero al ver la mirada de Clara, me callé.

—Así que... —Clara continuó—, por supuesto que lo hiciste lo mejor que pudiste. Y HomeWorld dijo que venían por ti. Pero no vienen ¿verdad?.

—No... —admitió Bentley—. Tenemos sólo unas pocas horas antes de que los sistemas se apaguen por completo. El soporte vital ya está fa-

llando. La Matriz de Defensa nos está bombardeando. Podríamos congelarnos. Podríamos asfixiarnos. Podríamos volar por los aires. Si los Guardianes no nos encuentran primero.

—No es un problema, realmente —insistió Clara—. Aún tengo mi nave.

—¡No! —y aquí Bentley se regodeó. Siempre le encantó tener una ventaja sobre alguien—. He visto lo que la Matriz de Defensa le ha hecho a la superficie de este asteroide. Lo ha peinado. Si estaba en la pista de aterrizaje, tu nave se habrá convertido en polvo.

Clara negó con la cabeza.

—En realidad es muy resistente. Indestructible. Terca. Es la única razón por la que mantengo al Doctor como conductor. Es un piloto negado, pero su nave... confía en mí... su nave no se irá a ninguna parte. Te puedo llevar hasta ella. Vamos —continuó—. ¿Por qué no bajas el arma, sales fuera y tú y yo vamos a buscar mi nave?. No te preocupes por mis chicos —nos señaló—. Se quedarán bien atrás.

Hubo una pausa, después Bentley salió de la habitación del TransNet e inspeccionó a Clara. Aún estaba sosteniendo el arma, pero la tenía a un lado.

—Creo que me quedará el arma—anunció Bentley con firmeza, pero con un toque de niño enfurruñado.

—Oh, estaba segura de eso —dijo Clara con un toque de tristeza—. Eres de ese tipo. Venga. Busquemos la nave —se volvió hacia el Doctor—. Vosotros dos, a ver si podéis reunir arriba a más supervivientes. Nos vemos en el rancho.

Y luego, con calma, salieron de la Estación de Control.

El Doctor se volvió hacia mí y dejó escapar un gran suspiro.

—No sé lo que es, pero ya no soporto a la gente con armas de fuego. Solía ser capaz de manejarlo, pero... supongo que es la vejez —fue cojeando penosamente hacia la cabina del TransNet—. Sin embargo, nos da algún tipo de acceso.

—¿Qué pasa con Clara?.

El Doctor se adelantó cojeando y se encorvó sobre el terminal TransNet.

—Está usando al completo su modo “Dar Historia a la clase 3B”. Así es a prueba de bombas.

Golpeaba las teclas, intentando entrar en el TransNet.

—Estupendo —dijo—. Es como un módem de acceso telefónico sin el chirrido constante. Pero creo que estoy a punto de averiguar lo que está pasando en casa. Sólo unos pocos segundos más.

Fue entonces cuando oímos los gritos provenientes del pasillo.

## Capítulo Doce

El largo pasillo estaba vacío. No había ninguna señal de Bentley o de Clara. El Doctor se puso de pie en la intersección, gritando el nombre de Clara. Salió corriendo, dio unos cuantos traspiés, aulló de dolor y frustración y después se detuvo, volviendo de nuevo cojeando hacia mi. Su mirada fulminaba.

—¡Tú! —me golpeaba con el dedo—. Todo esto es culpa tuya.

—Probablemente —tristemente estuve de acuerdo con él—. ¿Por qué exactamente?

—Porque... —el Doctor hizo una pausa—. La verdad, ¿sabes qué?, escoje tu una razón. Estoy ocupado. Se quedó allí de pie. No parecía ocupado. Parecía perdido.

—¿Las atrapó un Guardian?.

—Esa no es una pregunta útil —espetó el Doctor—. Esos sólo matan. No. Es esa otra criatura, sea lo que sea.

—Pero también mata.

—Sí, y dejando los cuerpos tirados por ahí. Pero también se está llevando a algunos. Así que tal vez, tal vez haya una mínima oportunidad para ella. Para ambas, ella y Bentley. Pero, sólo para que lo sepas, la que más me importa es Clara.

—A mí también.

—De todos modos —su rostro se retorció groseramente—, Bentley estará bien. Tiene una actitud altiva y un arma. Eso nunca falla.

Tosí.

—Doctor, si me lo permites... te prefiero cuando despotricas menos.

—Créeme, he gritado a planetas enteros desde el cielo.

—Pero... toda la prisión se está desmoronando. Y al parecer Home-World también. ¿No hay cosas más importantes?. Más que, eh, que...

—Continúa —su tono era mortal.

—... que la chica —terminé débilmente.

Se dio la vuelta y sólo se estremeció un poco.

—No. Y lo sabes, ¿verdad?.

Sí. Me gusta bastante Clara. Asentí.

El Doctor me sonrió. Sólo un poco.

—Sólo estaba, bueno, diciendo... —tartamudeé un poco—. Sólo estaba diciendo lo correcto.

El Doctor levantó una mano.

—Alcaide —dijo—. A partir de ahora y hasta que todo esto termine, no se moleste en decir lo correcto. Saca lo mejor de tí para una carrera alrededor de la manzana. Necesitas ejercicio —desapareció de nuevo en la Estación de Control.

El Doctor inspeccionó la Estación de Control en ruinas y después se acercó al mapa de la Prisión.

—Algo se esconde en el interior de esta prisión, o más bien, os lo han ocultado —hizo un gesto con la mano al mapa—. Ahora, ves... confiamos en los mapas. Lo tenemos que hacer o de lo contrario el mundo no funcionaría. Nos pasaríamos todo el día preguntándonos si alguien ha cortado algunas esquinas en la costa o ha omitido algunas tiendas. Pero, ¿y si el mapa fuese parte de la mentira?.

Miré el mapa de la Prisión. Me era tan familiar. Conocía cada palmo. Todos y cada uno de los seis niveles y los conductos que bajaban al Nivel 7.

—La cuestión es —dijo el Doctor—, que es sólo una imagen de ordenador. No es real. Si queremos encontrar a Clara y Bentley, tenemos que volverlo real. Por suerte, tienes aquí el equipo de escaneo más sensible del sistema. El único problema es que está especializado en escanear los cielos para detectar a cualquier nave que se acerque. Ahora, voy a girarlo hacia dentro, pero para eso necesito...

El Doctor se zambulló bajo los restos de un terminal.

—Necesito un carro de compras —dijo emergiendo.

—¿Qué?.

—Un carro de compras... un carro de compras... Marge Simpson —espetó, realizando una mímica mística—. Un paso de una danza antigua de Astoria. Estoy intentando decirte que realmente necesito mi carro anti-gravitatorio. Está lleno de las cosas bonitas que robé del taller. Incluyendo un controlador de hub de red.

—¿Qué es uno de esos?.

—Es por eso por lo que dije “cosas bonitas”. No sólo lo hago por el efecto —el Doctor sonrió—. Sólo tráemelo todo. Ahorraremos tiempo. Si no me equivoco, está estacionado en la escalera del Nivel 4. ¿Puedes bajar hasta allí y traérmelo?.

—¿Solo?.

—Solo —el Doctor tiró del cableado—. Estoy ocupado e inmovilizado. Y quizá, si ves a algún Guardián, te dejará en paz. Después de todo eres el Alcaide.

—Creo que esa es precisamente la razón por la que me matarán.

—Ah, bueno, en ese caso, buena suerte —con una sonrisa, el Doctor desapareció bajo la consola.

—Yo, ah... .

—Tienes diez minutos antes de que la falta de un controlador de hub de red me irrite —gruñó—. Ponte en marcha, Alcaide.

—Tengo un nombre, ¿sabes? —dije un poco herido.

—Claro que sí —su voz era un murmullo ininteligible—, pero es un poco tarde ahora para aprender datos nuevos, ¿verdad?.

Le dejé con ello y encontré la escalera. En caso de que os lo estéis preguntando, no me sentía del todo contento con esto. No tenía armas. No tenía nada. Sólo una expresión nerviosa. Tenía la impresión que el Doctor y Clara recorrían pasillos arriba y abajo todo el tiempo. Pero yo me sentía muy solo y asustado.

En teoría era muy sencillo. Sólo bajar cuatro tramos de escaleras y recoger el carro del Doctor. Pero las luces se habían apagado en el hueco de la escalera. Me hizo activar la luz de mi comunicador a modo de linterna. Brillaría durante cinco segundos y luego se apagaría. Podía ver por dónde iba. Podía abrirme paso a través de los cuerpos.

De vez en cuando el asteroide se sacudía y se tambaleaba. La Matriz de Defensa seguía bombardeando incesantemente la superficie de la roca. Eramos bastante sólidos, pero aún así, en cualquier momento, se produciría una explosión por descompresión. Y quizá eso sería todo. Quizá todas mis preocupaciones terminarían cuando fuese succionado al espacio. Nunca más tendría que preocuparme por todo lo que había hecho mal en mi vida. Podría disfrutar de un poco de paz.

Sonreí ante la idea.

Mi intercomunicador. Al principio podía oír una respiración. Estuve a punto de hablar, pero mi instinto me hizo callar. Podía escuchar la respiración y otro ruido. Un clic continuo. Después una voz. Era Bentley. Parecía sufrir mucho.

—Por favor. . . dejadme marchar. . . cogedla a ella. . .

—Gracias.

Bien, esa era Clara respondiendo.

—¿Por qué hacéis esto?. ¿Qué queréis de nosotras?.

Más ruido de arrastre.

—Sí —Clara otra vez—. Sólo soy una turista y aquí Tin Knickers no me parece muy cooperativa.

Más ruido de arrastre.

Bentley volvió a hablar.

—¿Dónde nos lleváis?. Nos habéis bajado hasta aquí.

—Sí —Clara sonaba acartonada—. Quiero decir, ¿dónde estamos ahora, vamos a ver?.

—Bueno —comenzó Bentley—. Estamos en Lev. . . —repentinamente gritó de dolor y después la comunicación terminó.

Conmocionado, me moví hasta el final de la escalera.

Y entonces lo escuché. El ruido de deslizamiento. Yo estaba en el Nivel 3. Sólo a un tramo más de escalera para llegar. Pero la escalera estaba completamente bloqueada por escombros. Y, más allá de la puerta se oía el sonido inconfundible de un Guardián, deslizándose hacia delante y hacia atrás. Esperándome

Clara le habría embrujado. El Doctor le habría gritado. Mi arsenal era bastante más limitado. Tal vez me obedecería, bueno, así lo creía el Doctor.



Difícil. Nada de por aquí me había realmente obedecido alguna vez. Sudando, me agaché en silencio en la oscuridad. El Guardian más allá de la puerta no mostró señales de alejarse. ¿Me había detectado?. Posiblemente.

Subí arrastrándome por las escaleras, caminando a tientas entre los cuerpos, intentando ver si había algo útil en sus ropas. Sentí una terrible sensación de repulsión ante eso. Había permitido que estas personas muriesen y ahora estaba rebuscando en sus bolsillos. Fue bastante infructuoso. Encontré un manojo de llaves, lo que parecía irónico.

Volví a bajar por las escaleras, pensando, y un par de minutos más tarde, me puse detrás de la puerta de la escalera y la abrí.

El Guardián se deslizó en el rellano, iluminando la escalera destrozada con la luz en su fascia. Giró a la izquierda y a la derecha, intentando localizarme. Sus antenas estaban fuera y chasqueaban letalmente. Tiré el manojo de llaves a la izquierda y el Guardián disparó una ráfaga mientras rodaba hacia ellas. Mientras lo hacía, estampé un trozo de escombros en la parte posterior de la cabeza cerca del puerto de recarga, y después otra vez, rompiendo la luz.

El Guardián se movía de un lado a otro, desorientado. Me lancé a la izquierda, cogí las llaves y salí corriendo hacia la puerta, cerrándola tras de mí. Metí una llave de la cerradura. No funcionó. Intenté con otra. La cuarta funcionó. Más o menos.

El pasillo se llenó con el sonido metálico del Guardián embistiendo contra la puerta de la escalera. No había camino de regreso posible por ahí. Y probablemente habría más Guardianes en camino.

Mi intercomunicador hizo una señal.

Era Clara susurrando.

—¡Ey, tú! —dijo. Sonaba muy despreocupada.

—¿Dónde estás?.

—Realmente no lo sé —dijo—. Pero no te gustaría. ¿Está el Doctor contigo?.

—No. Estoy consiguiéndole algunas cosas. Está intentando averiguar dónde estáis.

—Bien. Ni idea. Después de la última marcha, nos dejaron fuera de combate.

—¿Qué hizo?.

—Te diré que no tengo ni idea porque si intentase decírtelo, realmente no te gustaría.

—Vale. ¿Tienes miedo?.

Hubo una pausa.

—Sí —respondió Clara—. Por favor, muévete.

—Lo haré —le dije—. Si algo se ha estado escondiendo en mi prisión, entonces yo... bueno, necesito que...

—Estoy bastante segura de que se han roto unas cuantas reglas. Podías dar una conferencia.

—Gracias. Mantente a salvo —dije.

—U-ju. Trae al Doctor. Deprisa —Clara terminó la conversación.

Mientras habíamos estado hablando, había bajado hasta el Nivel 4 usando las pasarelas en los Alojamientos para Presos.

Toda el área de las celdas era inquietante e inestable. Nunca había parecido un lugar alegre, pero ahora, vacío, la Prisión parecía terriblemente muerta. Había sido diseñada para ser un espacio estrecho y lleno de vida. Y ahora incluso carecía por completo de la patrulla amenazante de Guardianes.

Mis pasos resonaban por las escaleras de metal como truenos, pero de alguna manera logré bajar al Nivel 4.

El carro del Doctor estaba haciendo de tope para mantener una puerta abierta. Claramente había habido un tiroteo en el pasillo entre los Guardianes y los Guardias. Un Guardián yacía de lado, su carcasa estaba agrietada y las antenas se crispaban débilmente. Varios Guardias más estaban tirados en un montón a lo largo de la pared. Parecía que los Guardias no habían ganado la batalla.

En la oscuridad más allá de la puerta, un ominoso sonido de deslizamiento se acercaba. Tenía que darme prisa.

El carro estaba demasiado dañado como para moverlo. Al darme cuenta de que no había manera de que pudiera arrastrar el carro de vuelta a la Estación de Control, me llené los bolsillos con el surtido de trastos, esperando que uno de ellos fuese el controlador de hub de red. Regresé hasta donde estaba el Doctor lo más rápido que pude.

La Estación de Control estaba incluso más desastrosa. Media habitación del TransNet había sido arrancada y conectada al terminal bajo dónde

el Doctor estaba metido.

Me deshice de los componentes en un montón tintineante en el suelo.

—Doctor, yo...

Una mano salió disparada de debajo de la consola, agarró un trozo de metal, lo agitó y después lo tiró. La mano escarbaba entre los trastos.

—Doctor, escucha, Clara y Bentley, están vivas, me llamaron por mí...

—¡Controlador de hub de red! —el Doctor surgió de debajo del escritorio, agarrando uno de los artículos que había traído. Rápidamente lo conectó entre el sistema TransNet y el terminal donde había estado trabajando—. Una cosa sobre vuestra conexión TransNet es que es una basura para transmitir una señal hasta HomeWorld. Pero debería ser bastante buena usándola en la Matriz de Sensores local. Sólo tengo que conseguir que los sensores miren hacia el interior en vez del exterior y...

Hubo un golpe seco que venía del terminal en el que había estado trabajando. El luminoso mapa de la prisión desapareció.

Miré al Doctor.

—Clara dijo que están en un montón de problemas.

—Por supuesto que lo están —el Doctor siguió mirando a la pantalla en blanco—. Vamos... vamos... vamos...

Parpadeó.

“ACTUALIZANDO.. ACTUALIZANDO...”.

El Doctor hizo movimientos esperanzadores.

La pantalla se refrescó de nuevo.

“Instalando la actualización en curso 1 de 83. Por favor, no apague este terminal durante el proceso”.

El Doctor emitió un aullido de frustración. Pensé en decir algo, pero me hizo callar con una mirada.

—No es un retraso —murmuró para sí mismo—. Es una muy buena oportunidad para trabajar en lo que voy a hacer a continuación.

El mapa de la Prisión surgió, una imagen de todo el asteroide, llenándose gradualmente de detalles a medida que la Matiz de Sensores terminaba su barrido.

El Doctor dio un rugido de triunfo.

—¿Ves eso?

A primera vista me parecía más o menos igual.

—¡Oh, brillante! —exclamó el Doctor—. De camino hacia aquí, contaba los tramos. Entre el Nivel 7 y Nivel 5 noté que había un par de tramos más, un poco más de espacio entre los niveles —señaló con el dedo a una zona en sombra del mapa que no había notado antes.

—Puede que sólo sea barrera de protección —sugerí.

—¿Una barrera de protección contra qué?.

—No lo sé —le dije—. ¿Radiación solar?.

—¡Pamplinas! —el Doctor señaló en el mapa con júbilo. Esa área sombreada se estaba despejando gradualmente a medida que la Matriz de Sensores terminaba su barrido. Mostraba una cámara entre los niveles 5 y 6.

—¿Qué es eso?.

El Doctor no respondió. Ya estaba dirigiéndose tambaleante hacia la puerta.

—Cuando bajasteis al Nivel 6, os lo encontrasteis vacío, ¿verdad? —cogió una tableta semifuncional que parecía haber juntado con cinta adhesiva—. Es el lugar donde metéis a los presos que queréis olvidar. Lo que significa que no os daríais cuenta de que estaba siendo vaciado poco a poco. . .

—¿Qué?.

—Las celdas habían sido ordenadas y eliminado todo rastro de sus ocupantes. Habían estado vacías desde hace un tiempo —el Doctor levantó la tableta, agitando una amplia gama de hojas de cálculo, a las que estoy casi seguro de que no debería haber sido capaz de acceder—. Te dije que comprobases los registros. Estas son las fechas en las que se produjeron las fluctuaciones de energía. Y este gráfico muestra las fechas en que se trasladaron al Nivel 6 los casos desesperados. Coinciden muy estrechamente, ¿verdad?.

Llegamos a la escalera, y comenzó a bajar cojeando tan rápido como pudo. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

—Mucho me temo que habéis estado alimentando algo durante mucho tiempo.

—¿Y eso es lo que retiene a Clara?.

El Doctor asintió.

—Algo muy hambriento.

Exasperantemente, no llegamos directamente al Nivel 6. En vez de eso, el Doctor nos llevó al ala médica. Abesse estaba junto a la puerta, custodiándola con un rifle. Saludó cuando aparecí.

—Bien por ti por aparecer, Alcaide —dijo secamente. Levantó el arma—. Cogí esto de un Guardia que huía. La batería estaba completamente cargada. Ni siquiera había intentado disparar con ella. Sólo corrió directo a los brazos de un Guardián, así que no llegó muy lejos.

—Bien entonces, estoy contento de que estés viva, 203. Eeh... Abesse. Abesse saludó al Doctor, un poco menos sarcásticamente.

—He seguido tus instrucciones, señor —le dijo.

“¿SEÑOR?”. “¿Tus instrucciones?”. Me quedé pasmado.

El Doctor agradeció el saludo.

—Gracias, Mayor. ¿Dónde está la paciente?.

Abesse nos llevó a la parte de atrás de la enfermería.

—Pensé que no te gustaban las personas que portan armas de fuego —dije.

—Soy flexible en una crisis —admitió—. Y de todos modos... Abesse es buena gente. Piensa antes de disparar.

—Es una mercenaria —le susurré.

Abesse me oyó. Se volvió y nos sonrió peligrosamente a los dos.

—Cuéntame más —dijo.

—Sí —continuó el Doctor—, Abesse es una mercenaria. Lo que significa que no tiene más agenda que querer vivir.

—Cierto —dijo Abesse y levantó su arma hacia mí. Traté de no estremecerme y fallé—. Bueno, tal vez una agenda diminuta —admitió y bajó el arma.

Abesse retiró una cortina. Detrás de ella, desplomada en su silla, estaba Marianne Globus profundamente dormida. Pobre Marianne.

—Está sedada —anunció Abesse—. Supongo que quieres despertarla.

El Doctor contempló la figura dormida.

—Cuando está despierta, agoniza de dolor, ¿verdad? —su voz podía ser a veces muy suave.

Abesse asintió.

—Su estado está empeorando.

El Doctor dio un paso adelante.

—Bueno, entonces, no vamos a despertarla —susurró—. Voy a intentar hablar con ella telepáticamente.

Como si la gente dijera eso todo el tiempo. Abesse le lanzó una mirada insegura. La misma mirada que había puesto yo desde mi primer encuentro con el Preso 428. ¿Hacíamos bien alguno de nosotros confiando en él?

Su mano se posó suavemente en un área limpia de la frente de Marianne y cerró los ojos en profunda meditación. Dejó escapar un suspiro largo y continuo. En algún lugar, muy lejos, con suerte perdida en un sueño sin sueños, Marianne se agitó. Su mano se movió ligeramente. Su boca babeante hizo un pequeño murmullo.

El Doctor asintió con la cabeza y cerró los ojos. Un músculo en un lado de su mejilla se contrajo. Aparte de eso, el resto de su cuerpo estaba inmóvil.

El Doctor habló.

—Estás muy lejos, Marianne. Está bien. Puedes quedarte allí. Si quieres. Está bien. Entre tú y yo hay mucho dolor. Algunos míos, lo admitiré. La mayor parte tuyos. Todo está bien. No tienes que cruzarlo. Iré a tu lado. No, no te preocupes. Está bien. Traeré galletas.

La ligera contracción en la mejilla se hizo más pronunciada. Dejó escapar otra respiración honda, irregular como el filo de una sierra. Todo el tiempo, la voz del Doctor, suave y delicada, continuó oyéndose. Noté que sus labios no se movían.

—¿Te importa si me uno a ti?. La habitación parece suficientemente grande como para albergar a dos personas. Sí. Entonces. Hola. No hemos sido presentados apropiadamente, ¿no?. Eres la famosa Marianne Globus. Bien, soy el Doctor. Encantado de conocerte. Ha pasado tiempo desde que tuviste una visita, ¿verdad?. Bien, entonces, vamos a cotillear ¿de acuerdo?. Déjame ver. . . no, no, está bien. No es necesario llorar. No es necesario. Está bien. Ven aquí. Esto no es realmente un cuerpo horrible, pero ¿qué hay de malo?, sólo una vez, ¿eh?. Eso es. Está bien, Marianne. Lo que te sucedió fue malo. Pero no fue culpa de nadie. Fue un accidente. No lo mereciste. No, no importa lo que hicieras. Escucha. . . todos hacemos cosas malas. Pero también hacemos cosas buenas. Y esa es la parte divertida. Siempre piensas en el sándwich de bacon y no en lavar los platos.

Frunció el ceño de nuevo.

—Oh... oh, ya veo. ¿En serio?. Lo siento mucho. Ya volveré a eso. No. Lo prometo. Me ocuparé de ello. Entonces, sí. Por supuesto que estoy aquí porque necesito tu ayuda. Sé que dije que iba a traer galletas, pero ese era sólo yo usando mi encanto. Oh, cállate. Tengo encanto. Este soy yo siendo encantador. Simplemente se confunde con una indigestión. Normalmente por Clara. Déjame hablarte de Clara. Es alguien al que merece la pena salvar. Una vez que me perdí, recorrió el universo buscándome. Así que lo menos que puedo hacer es encontrarla en un frío trozo de roca espacial. Y necesito tu ayuda. A causa de lo que hay ahí abajo. Lo has visto. Has sobrevivido a eso. Lo qué te hace increíble y muy importante. Así que me pregunto si vendrás conmigo. Parece que los dos tenemos una cuenta pendiente. ¿Lo harás?. ¡Brillante!. Entonces vamos, Marianne Globus, salgamos de aquí.

Agarró suavemente la parte de atrás de su silla, donde Marianne se juntaba con la base de un Guardian, y partieron.

Si alguna vez me había engañado a mi mismo sobre que estaba al mando de la Prisión, bien, realmente ahora no lo estaba. Sólo estaba siguiendo a este extraño hombre, empujando todo lo que quedaba de lo que una vez fue una buena amiga mía, custodiados ambos por Abesse. La mercenaria llevaba un arma realmente grande que estaba deseando utilizar. Yo ni siquiera tenía un arma. Sé que el Doctor dijo que no las aprobaba, pero tal vez si tuviera una, podría haber ayudado. Aunque nunca había disparado un arma.

Conseguimos bajar un nivel antes de que los Guardianes vinieran por nosotros. Esperaron hasta que llegamos a un pasillo. Con paredes a ambos lados. Emergieron, deslizándose desde los puertos de ataque, rodeándonos.

Abesse comenzó a disparar.

El Doctor le gritaba, diciéndole que no lo hiciera. Pero era una mercenaria entrenada. Los mercenarios actúan a veces por puro instinto, finalmente pulido. Sus balas chocaron en los caparazones de las máquinas. Se sacudieron pero siguieron llegando.

El Doctor estaba lanzando un discurso sobre el malgasto de balas, no que todas las balas fuesen un desperdicio o algo parecido. ¿Sabes?, a veces, podía ser un poco monótono. Cuando yo gobernaba el Sistema Home-

World, recibía a gente así de vez en cuando. Transparencia. Podías esquivar la mayoría de las reuniones, pero parecía bueno para ver las excéntricas posibilidades. Es curioso. Si hubiera conocido al Doctor en la vida real, hubiera salido corriendo. Pero, de repente, aquí, atrapado en una prisión espacial moribunda rodeado por robots letales, parecía la mejor persona junto con la que quedarse. Incluso si le gustaba el sonido de su propia voz.

Los Guardianes se acercaron a nosotros, deslizándose y chocando, las balas saliendo disparadas de sus cuerpos. Sus antenas estaban fuera, sus garras y pinzas chasqueando y los láseres cargados. El aire crepitaba peligrosamente. Habían electrificado sus carcasas.

Miré a la pobre Marianne, perdida en sueños distantes en su silla. Casi sonreía. Por una vez, no sentiría nada. No cuando llegase el final. Eso parecía algo bueno. Pobre Marianne. Lo siento mucho.

El Guardian se acercó. Lo que sucedió después fue un poco sorprendente.

Ignoraré que Abesse me dio en el hombro con una ráfaga perdida. Realmente no era su intención y, de todas maneras, no era más que una herida superficial. Simplemente no esperaba que de repente me moviese hacia delante y me pusiese delante de su arma. Entre ella y los Guardianes.

El Doctor me estaba mirando con horror. No necesitaba telepatía para saber que pensaba que lo que estaba haciendo era una estupidez. Me quedé allí de pie. Entre mis... mis amigos y los Guardianes.

—Guardianes —dije—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?.

Los Guardianes no tienen por hábito hablar. Algunas unidades tienen varios bancos sencillos de vocabulario.

—Parar —dijo el que está delante de mí.

—¿Parar?. ¿Pararme?. Soy el Alcaide.

—Parar. Presos. Alto.

—¿Pararnos a todos?.

—Orden. Parar. Presos.

—¿Crees que todos somos presos?. ¿Eso es todo?.

Era terriblemente consciente de lo cerca que el Guardian estaba de mí. El aire a su alrededor apestaba a electricidad. Los pelos de la nuca se me pusieron de punta. Aún venía hacia mí. Lentamente.

—Presos. Parar.



—No soy un preso. Te lo vuelvo a repetir, soy tu Alcaide. Te ordeno que te detengas.

—Orden Prioritaria. Protocolo del Alcaide no reconocido.

La cosa es que a veces la vida te ofrece claridad. Había hecho mucho mal. Pero como decía el Doctor, todo el mundo también debía hacer algo bien de vez en cuando. A veces.

—Define vuestra Orden Prioritaria.

—Prioridad: Una vez se inicie un fallo en cascada de los sistemas, la definición de Preso se extiende a todas las formas de vida en la Prisión. Todos los Presos han de ser contenidos con fuerza letal. Eso es el Protocolo de Emergencia.

El Guardián se deslizó un poco más cerca. Abesse levantó la pistola, lista para disparar de nuevo. La mano del Doctor estaba sobre mi hombro, dispuesto a tirar de mí hacia atrás. El Guardián estaba ahora tan cerca que el campo a su alrededor hacia que la piel de mis brazos estuviera tirante.

—El Protocolo de Emergencia se reemplazará en un caso —le dije. Hice un gesto a los que estaban detrás de mí—. Esto es una evacuación médica. Ella. . . —hice un gesto hacia Marianne—, es una paciente en estado crítico. Escanéala. Abesse y yo estamos aquí como sus dos guardias, y este —le di golpecitos al Doctor—, es su médico designado. Es un equipo de cuatro. De acuerdo con los protocolos.

El Guardián comprobó esto.

—La Evacuación Médica se reemplazó. . .

—No —insistí—. ¿No es cierto, Doctor?.

—Sí —el Doctor de repente parecía muy seguro de sí mismo—. La Evacuación Médica es también un Protocolo de Emergencia —asintió enfáticamente.

Me preguntaba cómo, cuando, había leído el manual. Sólo me guiñó un ojo y de repente eso fue sumamente alentador.

—Y —continué—, como esta Evacuación Médica fue promulgada antes de vuestros Protocolos de Emergencia, no puede ser reemplazada. Es una Operación Previa.

El Guardián nos estudió.

—¿Dónde tiene lugar está Evacuación Médica? —preguntó el plomo.

—Estamos trasladando a este preso al Nivel 6. A. . . —vacilé.

—A la Zona Segura —terminó el Doctor apropiadamente.

—Una vez que se complete la evacuación médica, entonces se activará el Protocolo de Exterminación —nos informó el Guardián

—Sí, Sí, por supuesto —el Doctor parecía sólo un poco irritado—. Una vez que la hayamos salvado, entonces por supuesto mátanos a todos. ¿Sabes?, tal vez —se inclinó hacia adelante confidencialmente hacia el Guardián—, si nos envían directamente a la Zona Segura, entonces podríamos acelerar el ritmo, ¿eh?

El Guardián deliberó y después estuvo de acuerdo. Y así, increíblemente, los Guardianes actuaron como nuestra escolta hacia la Zona Segura. Había sido ocultada a toda la población de la prisión, pero los Guardianes sabían donde estaba todo el tiempo. Sólo había que preguntarles.

—Lógica de máquina —se rió entre dientes el Doctor—. Nunca falla.

—¿Tienes problemas de movilidad? —un Guardián había notado que el Doctor renqueaba. Las Antenas le salieron disparadas.

—Es sólo un dedo del pie, está bien —le aseguró—. No es necesario que me ejecutes ahora. Si lo hicieras, la salud de mi paciente sufriría.

El Guardián lo consideró, pero también permaneció fascinado por el dedo del pie del Doctor.

—Su progreso está impidiendo la Evacuación Médica Prioritaria —retrocedió—. Quédate ahí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el Doctor—. No creo que puedas matarme y pedir una sustitución. No hay otros médicos en la Prisión. Los has matado a todos, por lo tanto vas a tener que aguantarme cojeando un poco. No es tan malo.

El Guardián lo consideró.

—Sólo es un pequeño retraso —repitió el Doctor, señalando hacia las escaleras—. ¿De acuerdo?.

El Guardián lo consideró. Y después le disparó al Doctor en el pie.

Gritó y cayó al suelo.

—Ahora estás lo suficientemente lesionado para que te llevemos —anunció el Guardián con aire de suficiencia y recogió al Doctor. Se abrió un ascensor—. Eficiencia mejorada.

—Lógica de máquina —le dijo al Doctor sin poder evitarlo—. Nunca falla.

Se puede decir mucho sobre un edificio cogiendo el ascensor. Los ascensores del Parlamento de HomeWorld eran impresionantes cajas de vidrio diseñados para crear una sensación de asombro.

El ascensor de la Prisión era sólo para el transporte de carga de emergencia. Un cuadro de color gris mate. Los presos y Guardias debían usar las escaleras. Solamente los Guardianes tenían la llave del ascensor. La retrospectiva es algo interesante, te dice quién había estado realmente al cargo aquí todo el tiempo.

Miré a mis compañeros de viaje. Realmente no me dijeron mucho. Los Guardianes eran impasibles. Marianne estaba dormida. Abesse miraba al frente, y, de hecho, no me gustó realmente mirar al Doctor a los ojos.

En vez de eso vi avanzar las luces indicadoras del piso. Estábamos en el Nivel 4. El Nivel 6 estaba en la parte inferior. Debajo de ese había una luz para el hangar del Nivel 7. Alcanzamos el Nivel 6. Y se detuvo. Entonces la garra del Guardian se extendió hacia una toma y, con un pequeño temblor, el ascensor se sacudió y bajó aún más.

Ahora era imposible ignorar la mirada en el rostro del Doctor. Era de triunfo. Triunfo y un “te lo dije” mezclado, sólo un poco, con un “me han disparado”. Nunca había considerado realmente que hubiese más tramos bajo el Nivel 7. Siempre me pareció que estaba un poco lejos. En realidad no era parte de mi trabajo preocuparme sobre eso. No pienses demasiado. Ese no era mi trabajo.

El ascensor chirrió y se sacudió hasta detenerse. Después las puertas se abrieron.

Salimos a un espacio que no debería existir.

—Oh —dijo el Doctor.



**TODOS LOS DERECHOS LOS TIENE LA BBC, BBC BOOKS Y  
PUFFIN**

AUDIOWHO Y NINGUNO DE SUS COLABORADORES BUSCA  
INFRINGIR COPYRIGHTS SINO HACER LLEGAR A FANS  
HISPANOHABLANTES EL UNIVERSO EXPANDIDO DE DOCTOR  
WHO.

ESPERAMOS CON ILUSIÓN QUE ALGUN DIA SE EDITEN ESTAS  
OBRAS EN ESPAÑOL. DESDE AQUÍ ANIMAMOS A COMPRAR  
NOVELAS, CÓMICS Y DEMAS DEL GRAN UNIVERSO  
EXPANDIDO DE DOCTOR WHO.

PROHIBIDO LA VENTA O LA COPIA DE ESTA TRADUCCIÓN  
CON FINES LUCRATIVOS.

HECHO POR FANS Y PARA FANS.

ESTAS Y OTRAS NOVELAS Y COMICS LAS PODRAS  
ENCONTRAR EN *[HTTP://WWW.AUDIOWHO.COM](http://www.audiowho.com)*